
LA MELODIA DEL JAZZ-BAND
COMEDIA
EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

Cubierta

de

este

número:

**Carmen Díaz**

y

**Rafael Bardem**

en

una

escena

de

**La Melodía del Jazz-Band**

# LA MELODIA DEL JAZZ-BAND



63

JACINTO BENAVENTE

PREMIO NOBEL DE LITERATURA DE 1922

# LA MELODIA DEL JAZZ-BAND

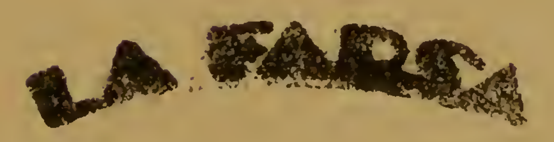
COMEDIA EN UN PROLOGO Y TRES ACTOS

ORIGINAL

*Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid, la noche del 30 de octubre de 1931.*

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO






AÑO VI ||| 19 DE NOVIEMBRE DE 1932 ||| NÚM. 271
MADRID

A CARMEN DIAZ,

CON TANTO CARIÑO COMO ADMIRACION,

*Jacinto Benavente.*

# REPARTO

| PERSONAJES | INTERPRETES |
|---|---|
| *Lucila* | Carmen Díaz. |
| *Carmen* | Margarita Larrea. |
| *Juanín* | Rafaela Satorres. |
| *Visitación* | Rosario Toscano. |
| *Felisa* | Monserrat Blanch. |
| *Doña Engracia* | María Montilla. |
| *Carmelina* (niña) | Isabelita Pérez Urcola. |
| *Una Doncella* | Matilde Muñoz Sampedro |
| *Pepe Tomillar* | Vicente Soler. |
| *Sabino Montero* | Rafael Bardem. |
| *Fulgencio* | Ricardo Simó Raso. |
| *Martín* | Miguel Pozanco. |
| *Andrés* | Luis García Ortega. |
| *Un Camarero* | Luis Camarer |

El prólogo en una playa francesa, y los tres actos en Madrid.




# *PROLOGO*

El escenario lo más reducido posible, Parte de pérgola de un cabaret dáncing. Rosas y otras flores con profusión. El fondo de horizonte, como sitio cercano al mar. Una mesa con sillas. Música dentro de jazz-band. La escena sola un momento. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA

LUCILA y PEPE, entrando.

PEPE.—Poca gente. Mejor.

LUCILA.—Aun es temprano. Vienen más tarde y vienen a bailar. Aquí estaremos solos.

PEPE.—Mejor.

LUCILA.—¿Qué te pasa, mi vida? ¡Estás triste! Algo te pasa...

PEPE.—¡Qué ha de pasarme!

LUCILA.—Cuestiones de dinero. ¡Dichoso dinero! No te preocupes. Te conozco. Te preocupas por mí más que por ti, y eso es lo que no quiero. ¿Es algo más grave?

PEPE.—¡Más grave que no tener dinero!...

LUCILA.—¡Claro que sí! ¡El dinero!... Estoy convencida de que no hace falta tanto para ser dichosos.

PEPE.—¿Desde cuándo te has convencido?

LUCILA.—Me lo dices con mala idea porque he sido muy gastadora. Es verdad; tú tienes la culpa. No me has negado nada; go-

zabas tú más que yo con ver satisfechos todos mis caprichos. Cuando yo no los tenía los inventabas tú...

PEPE.—Es verdad. ¡Te veía tan contenta! Esa era mi alegría; verte contenta siempre. Que a mi lado no tuvieras nada que desear, nada.

LUCILA.—Tú sabes que no. Nunca he sido más dichosa que a tu lado. En estos tres días que has estado en Madrid..., si supieras... No lo creerás; he estado muy triste. No he tenido humor ni para ir al cine, con lo que a mí me gusta. Y tú sin escribirme. sin telelefonear...

PEPE.—No he tenido un momento mío...

LUCILA.—¡Ni un momento!... Que no te acordabas de mí como yo de ti... ¡Ya no me quieres! No; no me quieres...

PEPE.—¡Más que nunca, mi Luci!... La prueba es...

LUCILA.—Eso es; quiero una prueba.

PEPE.—La prueba más terrible. Pedirte que dejes de quererme.

LUCILA.—¡Valiente prueba! ¿Eso es todo lo que se te ha ocurrido? (*Entra un CAMARERO.*)

CAMARERO.—Monsieur, monsieur...

PEPE.—(*A Lucila.*) ¿Qué quieres tomar?

LUCILA.—Yo no tengo gana. Pide lo que tú quieras...

PEPE.—Yo, por mi parte, tampoco tengo gana. (*Al Camarero.*) Du poulet froid et du champagne. (*El Camarero le da la carta de vinos. Rechazándola.*) Plutot sec. Celle que vous voudrez...

CAMARERO.—Bien, monsieur... (*Sale el Camarero.*)

LUCILA.—¿Pero hablas en serio? ¡Que yo deje de quererte!

PEPE.—Sí, Luci, que dejes de quererme; es preciso. Tengo que dejarte, tengo que irme muy lejos...

LUCILA.—Y yo contigo...

PEPE.—No, no. ¡Qué egoísmo sería de mi parte! Llevarte conmigo... ¿Para qué?... A pasar trabajos, a vivir... como tú no puedes, como tú no debes vivir porque yo no quiero. No me lo perdonaría nunca; no, no.

LUCILA.—¿Para eso me has traído aquí? ¿Para decirme todo eso?

PEPE.—Sí, aquí; donde no estuviéramos solos; donde nos tuviéramos que contener.

LUCILA.—¿Tú crees que voy a contenerme? No, no. Ya lo ves... (*Echándose a llorar.*) No, Pepe de mi vida. No me digas que tenemos que separarnos. Yo contigo; al fin del mundo, a pasar todo lo que tú pases, a querernos mucho, a querernos siempre. No, no; todo menos separarnos. Y no he querido a nadie más que a ti. No lo creerás porque la vida que he llevado no es para creerlo, y como tú sabes toda mi vida porque para ti no he tenido nunca secretos...

PEPE.—Vamos, mujer, no llores. (*Indicándole que entra el Camarero.*) No llores. ¡Vamos!...

LUCILA.—Por el camarero voy a dejar de llorar... Pues si esa gente no nos viera llorar algunas veces a las que ellos creen que somos tan felices...

PEPE.—Bueno, entonces llora, mujer, llora, si crees que con eso apaciguas en algo la cuestión social.

LUCILA.—No te burles. ¿Lo ves?... ¿Es que crees que no te quiero como te quiero?...

PEPE.—Sí, mujer, sí. Sé que me quieres. Y tengo el orgullo de creer que no seré uno de tantos en tus recuerdos. Porque yo también te he querido mucho.

LUCILA.—¿Lo ves?... Te he querido; ya dices te he querido. Ya creo que me engañas; que no es verdad que estés arruinado, que quieres dejarme porque quieres a otra, porque vas a casarte...

PEPE.—¡No digas disparates! Mi ruina tú sabes que es verdad, por desgracia... Casarme..., ¿con quién voy yo a casarme... ahora? La verdad es más triste de lo que tú te figuras, de lo que yo te he confesado en el primer momento; mi ruina no es lo que entre gente adinerada suele llamarse ruina, que es tener todavía lo que sería el bienestar de toda la vida para mucha gente. Es una ruina total, absoluta; es la miseria, la espantosa miseria, ya lo sabes... ¿Por qué quieres que te lo jure?

LUCILA.—No; me basta con mirarte a la cara. Nunca has mentido. Pero, ¿si yo te ofreciera?...

PEPE.—Ni hablar de eso... por lo que más quieras.

LUCILA.—Por ti. ¿A quién quiero yo más? ¿Y cómo voy a probarte lo que te quiero si tú no aceptas nada de mí?

PEPE.—¡Basta, basta! Por favor te lo pido...

LUCILA.—Está bien. Si te ofende...

PEPE.—Ofenderme, no. ¿Qué puede ya ofenderme? ¡Tendré que oír ofrecimientos más humillantes, y quién sabe si hasta tendré que aceptarlos! Pero aun es pronto. Aun no estoy acostumbrado y me costará mucho acostumbrarme.

LUCILA.—Lo creo. Con tu carácter... ¿Qué piensas hacer? Me da miedo... ¿Marcharte solo? No. Nos vamos a Madrid. Yo no tengo interés en seguir aquí. He venido, como otros años, porque tú me has traído, pero tú no querías que viniera...

PEPE.—No; tú te quedas aquí. Madrid está insoportable de calor.

LUCILA.—¡Que no habré yo pasado veranos en Madrid! ¡Y qué veranos!... Yo voy contigo.

PEPE.—No, no. Además, yo no voy a estar en Madrid más que dos o tres días. Y luego... qué sé yo adónde iré... ¡A buscarme la vida! ¡La vida!

LUCILA.—¡Y pensar que has gastado tanto conmigo!... Y que yo no podía figurarme nunca que gastabas lo que no tenías. Verdad es que tú también has gastado en ti mucho...

Pepe.—¡Qué quieres! Tenía que alternar contigo. No era cosa de que mientras tú lucías una "toilette" de la Lanvir, yo me presentara con un terno de la Belle Jardinière. ¿No crees?

Lucila.—¿Te burlas de mí? Tienes razón. He dicho una estupidez. Sí; lo sé. Soy una estúpida y he sido una loca. No me lo perdonaré nunca. Ni tú tampoco me perdonarás.

Pepe.—¡Vamos, chiquilla! ¿Qué tengo yo que perdonarte? Si he sido tan feliz contigo, tan feliz, que el recuerdo de estos meses será como un tesoro de alegría que me ayudará a soportar todas las tristezas... No llores. Mírame como me has mirado tantas veces, con esos ojos a los que parecía asomarse la risa de tu boca. Mírame para alegrar toda mi vida. Vamos a olvidarlo todo en este instante. (*Bebiendo.*) Bebe tú también... A olvidar. ¡A olvidar! ¿Te acuerdas de aquellos versos que nos recitó Marcelo una noche en tu casa, que te gustaron tanto?

Lucila.—Ya lo creo. Me los aprendí de memoria. ¿No era un soneto? ¿Es así? Yo no entiendo mucho. Unos versos que dicen que son muy difíciles de hacer.

Pepe.—Sí. Un soneto. Nos lo recitó Marcelo, el último poeta bohemio en uno de esos silencios graves que se hacen en medio de una fiesta loca y que son como un aleteo de la Muerte, hermana del Amor, como dijo también otra poeta... ¿Cómo era el soneto?... ¿Te acuerdas?

Lucila.—Sí, me acuerdo. ¡Cómo empezaba!... ¡Ah, sí!...

  Del collar de las horas que desgrana incesante
sus perlas una a una como llanto vertido,
en nuestra pobre copa una perla ha caído
que a enriquecer la vida es tesoro bastante.
  Como en su copa de oro Cleopatra triunfante
apuremos la copa del placer y el olvido.
Mañana ya es tristeza lo que alegría ha sido.
Vivamos este día y amemos este instante.
  Salgamos de la fiesta mientras duran los sones
de la música y mientras las luces temblorosas
vencen la luz del alba que llega a los balcones
  despintando carmines en mejillas de rosas,
mientras las risas triunfan, mientras los corazones
aun dan fe a las palabras... que aun no son engañosas.

Pepe.—"Aun dan fe a las palabras... que aun no son engañosas..." Eso, sí. Así debemos separarnos nosotros. Creyendo en nuestro cariño todavía, sin ofensas, ni agravios, ni quejas, sin otro mal recuerdo que éste de la separación.

Lucila.—¡Separarme de ti! No quiero pensarlo; no puede ser.

Te quiero mucho... ¡Qué horrible música!... Vámonos..., vámonos... Quiero estar sola contigo. Solo los dos. Donde no vea a nadie, donde no oiga más esa horrible música, que va a quedarse clavada en mis oídos para toda la vida, con el recuerdo de esta noche tan triste para mí. Yo que he detestado siempre esa horrible música de jazz-band, ese estrépito de cacerolas. Yo no sé cómo hay quien puede soportarlo. A ti, en cambio, te ha gustado siempre...

PEPE.—Porque yo no atiendo a los ruidos discordantes; atiendo a la melodía que se pierde entre los ruidos estrepitosos para aparecer de pronto y perderse otra vez... ¿El jazz-band dices? Es como nuestras almas, donde, entre los mil ruidosos estrépitos discordantes de nuestra vida, se oculta y aparece y vuelve a perderse la melodía de nuestras almas, que es lo que hay de divino en ellas, y que en todas existe y en todas se percibe, si con amor nos acercamos a ellas. Sólo que muchas veces no es tan fácil percibir lo que hay de bondad en las almas, en donde, entre nosotros mismos y los que nos rodean, entre mentiras y culpas y torpezas de todos, ponemos más confusión en nuestra vida que discordancias pueda haber en el jazz-band más ruidoso...

LUCILA.—Si crees que con recordar unos versos y decirme tú ahora esas cosas bonitas voy a olvidar lo único que me importa: que vamos a separarnos... Y... ¡hasta puede que tú pienses que para siempre!

PEPE.—Eso, no. ¡Quién sabe! Para siempre, no. Queda intacto nuestro cariño. ¿Quién nos dice que no volveremos a encontrarlo? Pero... ¿será ya lo mismo? ¿Seremos nosotros los mismos? Ahí tienes una melodía que va a perderse en el estruendo de nuestra vida...

LUCILA.—¿Qué piensas hacer? Dímelo... Por lo que más quieras, júrame que no harás ningún disparate.

PEPE.—¿Matarme, piensas? No. No lo he pensado nunca. Amo la vida, que si no es siempre agradable, es siempre interesante. Sí, hemos de volver a encontrarnos, y entonces... ¡Cómo nos divertirá recordarlo todo, los días tristes y los días felices! No quiero verte triste. Hablemos de otras cosas. ¿No ha vuelto todavía de Londres Sabino Montero?

LUCILA.—Ya te he dicho que no. Me lo has preguntado otras dos veces. ¿Por qué me hablas tanto de Sabino Montero?

PEPE.—Porque sé que le gustas; que te quiere, ya lo sabes...

LUCILA.—Ya lo sé. ¿Es que te importaría que le hiciera caso? ¡No faltaría otra cosa!... ¡Que no te importase!...

PEPE.—Yo no puedo exigir una fidelidad a la que no tengo ningún derecho...

LUCILA.—Demasiado sabes que si yo hubiera querido... Antes de

conocerte a ti conocía yo a Sabino Montero. Siempre me ha sido muy antipático... Con sus pretensiones de aristócrata, y no deja de ser un simple, él como todos sus amigos, que no pierden la serenidad ni con el whisky soda!... ¡Qué diferencia de tus amigos!... Artistas todos... ¡Qué ratos más divertidos hemos pasado en aquella casita nuestra; no podré volver a ella; me moriría de pena!...

PEPE.—¡Bah! La vida nos empuja muy lejos de los recuerdos. Se renueva todos los días... Sabino Montero tiene mucho dinero... y sabe gastarlo con esplendidez...

LUCILA.—No me hables de dinero... El tiene la culpa de todo. ¡Por qué no vendrán los comunistas!...

PEPE.—¡También tú! No, hija mía. Deja eso para las duquesas...

LUCILA.—Vámonos, vámonos de aquí. Saldremos por donde nadie nos vea. No quiero ver a nadie. Pasearemos por la playa, como otras noches. Vámonos..., ¿qué haces?... ¿Qué buscas?...

PEPE.—Al camarero para pagarle.

LUCILA.—Es verdad...

PEPE.—El que nosotros nos llevemos esta noche un recuerdo triste no es razón para dejarle otro recuerdo triste al camarero. Allí está. (*Llamando.*) Garçon, garçon... L'adition, s'il vous plait...

CAMARERO.—Bien, monsieur. (*Sale.*)

LUCILA.—¿Cuándo piensas marcharte?

PEPE.—Mañana mismo.

LUCILA.—¡Tan pronto!... ¡Mañana!... ¡Dios mío!...

PEPE.—¡Vamos, Luci!... (*Dulcemente. Vuelve el Camarero.*)

CAMARERO.—Voici, monsieur. (*Pepe mira la cuenta y le da dinero al Camarero.*) Ce n'est que cent trente.

PEPE.—Gardez le reste.

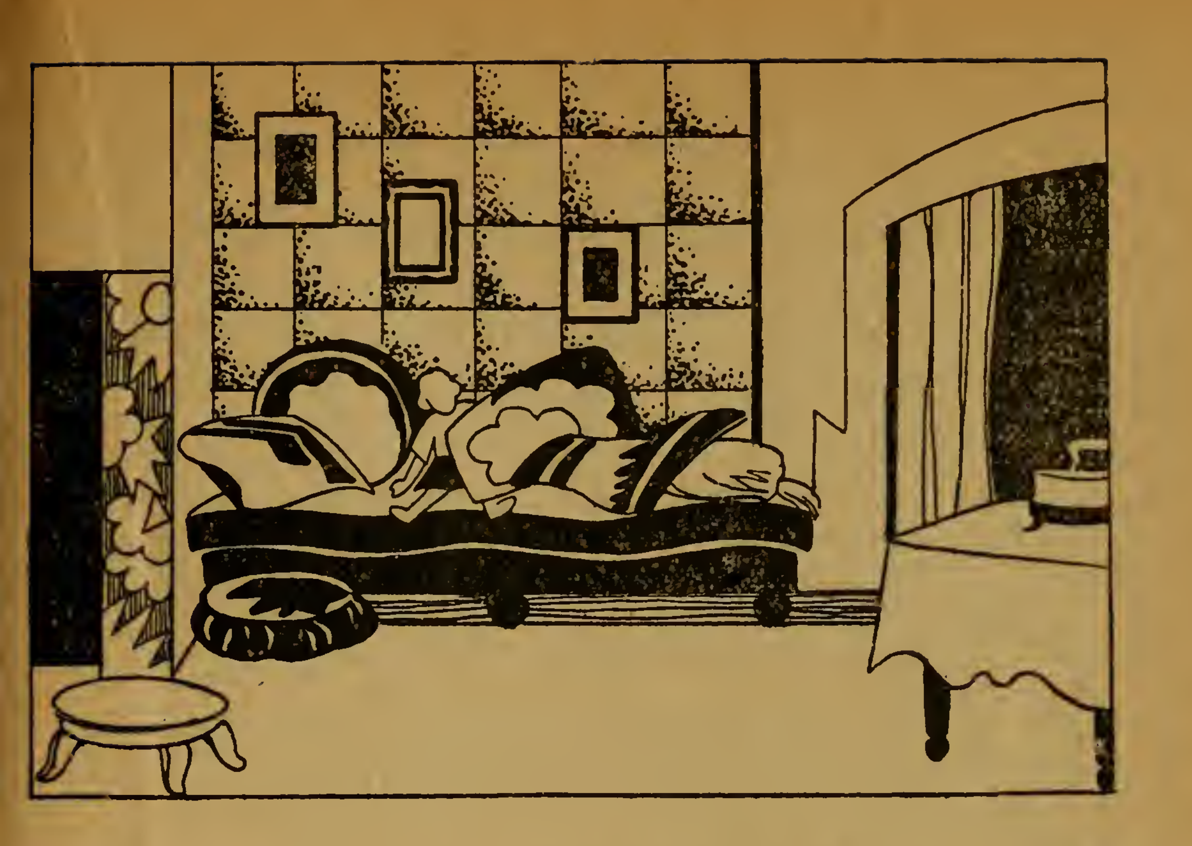
CAMARERO.—Merci bien, monsieur. (*Sale.*)

PEPE.—Vamos. Cuando quieras.

LUCILA.—(*Llorando.*) Vamos...

PEPE.—(*Llevándola abrazada.*) Mientras duran los sones de la música..., mientras los corazones aun dan fe a las palabras... que aun no son engañosas... (*Salen lentamente.*)

FIN DEL PROLOGO



# ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza en casa de Lucila. Muñecas y juguetes por todas partes.

## ESCENA PRIMERA

*(JUANIN plancha una prenda cualquiera con una plancha eléctrica. Entra una DONCELLA muy elegante con unos periódicos y se sienta a leerlos.)*

JUANIN.—¿No hay nada que hacer?

DONCELLA.—Como usted lo hace todo...

JUANIN.—¡A ver!... ¡Como aquí aun hay clases! Yo soy de los que trabajan, y los demás de obreros parados.

DONCELLA.—Para eso tiene usted más categoría. Usted es más que doncella.

JUANIN.—Mire usted; en eso no hay más ni menos. O se es o no se es. ¿Me ha entendido usted?

DONCELLA.—De sobra. Voy a ver qué traen los papeles.

JUANIN.—¿No tiene usted otro sitio donde ponerse a leer?

DONCELLA.—¿Le molesto a usted?

JUANIN.—Me quita usted la luz, y no porque no sea usted transparente.

DONCELLA.—¡Ay, hija, por eso!... ¡Quién no somos aquí trans parentes!

JUANIN.—Hace diez minutos que está sonando el timbre.

DONCELLA.—Es verdad, que el groom ha salido con los perros.

JUANIN.—Pues vaya usted, si le parece...

DONCELLA.—¡Qué remedio!... (*Saliendo muy despacio.*)

## ESCENA II

JUANIN y SABINO

JUANIN.—Buenos días tenga usted, don Sabino.

SABINO.—(*Sin mirarla.*) ¡Hola! ¿No está la señorita?

JUANIN.—Ha salido muy temprano. Ha ido al dentista.

SABINO.—¿Qué le pasa?

JUANIN.—La muela del juicio que no quiere salir.

SABINO.—Se comprende. ¿Tardará mucho?

JUANIN.—¿La muela en salir o la señorita en volver?

SABINO.—¡Qué gracia! Es usted de sainete...

JUANIN.—Por muchos años...

SABINO.—La señorita digo...

JUANIN.—Cuando va a casa del dentista siempre tiene para tres o cuatro horas. A los dentistas les gusta que haya mucha gente esperando turno. Siempre hace bien la antesala...

SABINO.—Es usted muy observadora y muy bachillera.

JUANIN.—¡Intelectual que es una!...

SABINO.—Sin confianzas, ¿eh?

JUANIN.—¡Dios me libre!

SABINO.—Bueno, me voy. Diga usted a la señorita que hoy vendré a almorzar aquí con unos amigos. Los de siempre. Ya sabe.

JUANIN.—Mire usted que hoy creo que la señorita tiene convidados...

SABINO.—¿Convidados?... ¿A quién?

JUANIN.—Al señor Fulgencio y a su señora.

SABINO.—¿Los porteros de su antigua casa?

JUANIN.—Los mismos.

SABINO.—Bueno; no me quedaba más que ver. De esto no había babido. Pues que vengan otro día; es decir, mejor es que no vengan nunca... ¡Los porteros!... ¡Cuándo tendrá juicio esa mujer!...

JUANIN.—Si se arregla lo de la muela...

SABINO.—Le he dicho a usted que pocas confianzas... Yo no soy como la señorita.

JUANIN.—Por supuesto.

SABINO.—Está bien. Usted le da el recado; de una y media a

dos vendremos. Ya sabe que no me gustan las tonterías. La conozco, y es capaz de sentarnos a la mesa con los porteros. Es decir, se sentarán ellos solos. Ya lo ha oído usted: que no quiero tonterías.

JUANIN.—Entonces mejor será no decirle nada.

SABINO.—No; si ya se arreglarán para que tengamos un disgusto. Cuando una mujer se lo propone... ¡Hasta el día que yo me harte!... Vaya, hasta luego.

JUANIN.—Usted lo pase bien, don Sabino,

SABINO.—Ya han podido enseñarle a usted a llamar a las personas de otra manera... ¡Don Sabino!... No será porque yo no lo tenga dicho...

JUANIN.—Las llamo por su nombre, señor.

SABINO.—Así es como debe usted llamarme...

JUANIN.—Pues así le llamo. ¿No es usted don Sabino?

SABINO.—No digo eso. Como ha dicho usted antes: Señor...

JUANIN.—¡Señor! Pues eso estoy diciendo...

SABINO.—¡Cuánta plebeyez!... (*Sale.*)

JUANIN.—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Jesús, qué tío!... (*Planchando con fuerza, como si planchara a don Sabino.*)

## ESCENA III

JUANIN, FULGENCIO y VISITACION.

FULGENCIO.—(*Con una botella envuelta en un papel y un gran envoltorio.*) Santos y buenos días...

JUANIN.—Señor Fulgencio, Visitación... ¿Cómo están ustedes?

VISITACION.—Ya lo ves. Tal cual vamos. Yo, con mis dolores...

FULGENCIO.—Y yo con los dolores de ésta, que hay noches que no me deja pegar los ojos.

VISITACION.—¿Y la señorita Lucila?

JUANIN.—Ha ido de compras y..., ¡qué sé yo!, a tomar el aire más que nada, porque esta casa...

FULGENCIO.—¡Ya se lo decía yo cuando la mudanza! Como en la casa que deja usted no se encontrará usted en ninguna parte.

JUANIN.—La Lucila le tomó miedo a la vecindad...

FULGENCIO.—¡La vecindad!... ¡Si no podía ser mejor!... Todas personas de clase...

JUANIN.—La de la casa, sí..., pero la de la calle... Había cerca un convento.

FULGENCIO.—El de las monjitas..., que ya han pasado sus sustos, las pobres...

JUANIN.—¿Qué trae usted ahí?...

FULGENCIO.—Unas frioleras, para corresponder en algo, en nuestra pobreza. Unos chorizos que nos ha mandado una hermana de ésta del pueblo de ésta. De la matanza que hacen por Navidades en su casa. Unos chorizos que se pueden comer, porque son de toda confianza. Y esta botella de un anisado especial que hace también el boticario del pueblo, que no lo hay mejor para el flato...

VISITACION.—¿Y cómo os va en la nueva casa?

JUANIN.—La cárcel es lo de menos. Lo peor es el carcelero, porque aquí estamos peor que en presidio...

VISITACION.—No me digas, mujer...

JUANIN.—¡Como hemos de vivir a gusto del caballero—que es el caballero de los puntos sobre las íes—, como yo digo!... Nos ha traído una cocinera, y una pincha, y una primera doncella, y un groom, y dos pequineses que no hay quien los aguante a todos juntos y a cada uno en particular...

VISITACION.—Lo creo...

JUANIN.—¡Lo a gusto que estábamos antes!...

FULGENCIO.—Pero no vivíais con tanta grandeza...

VISITACION.—Dicen que el señor tiene a la señorita Lucila que no hay otra en todo Madrid que esté como ella...

JUANIN.—Eso, sí; todo lo que queremos...

VISITACION.—Bueno; yo voy para la cocina, que ya sabes que la señorita quiere que le haga yo un arroz...

JUANIN.—Sí; eso quiere... Pero déjese estar... Cualquiera aparece por la cocina con esa tarasca de mujer. Buena se pondría con la intromisión en sus dominios. Ya se lo dije a la Lucila y comprendió que yo llevaba razón; así es que el arroz lo dejaremos para otro día, que iremos a comerlo a casa de ustedes...

FULGENCIO.—¡Por Dios! ¡A la portería!... ¡Cómo es posible!...

JUANIN.—¡Anda!... ¿Por eso? Ya saben ustedes lo que le divierte a la Lucila todo lo que sea salirse de su centro. Y ahora más que nunca. ¡Como está tan sacrificada! ¡Jesús, qué hombre! ¡No lo hay más déspota, ni más avasallador! Todo ha de andar a su aire. Que si en París, que si en Londres, que si en los Estados Unidos. A mí no me puede ver ni en pintura. Bueno..., yo a él... ni estampillao en un billete de mil pesetas, Aquí estuvo hará poco, y porque le dije que venían ustedes a almorzar..., ¡bueno se ha puesto!...

FULGENCIO.—Entonces..., si es que por eso van a tener un disgusto... Con nosotros siempre está cumplida la señorita. Ahora mismo nos vamos...

JUANIN.—No hagan ustedes caso. Si la señorita Lucila... ¿Lo ven ustedes?... Yo siempre la he llamado la Lucila, y el señor que he de llamarla "la señorita". No me acostumbro; nos hemos criado juntas, y con ella he pasado toda mi vida: lo bueno y lo malo,

que ha habido de todo. Bien lo saben ustedes, que con la confianza que la señorita hacía con ustedes... Más de cuatro veces, en días de apuros, han pasado por sus manos de ustedes más de cuatro cosas que iban y venían, y algunas que iban y se empeñaban en no volver...

FULGENCIO.—Ahora ya no habrá nada de eso...

JUANIN.—De eso, no; pero..., ¡qué sé yo lo que era mejor!...

VISITACION.—No; como el señorito Pepe no habrá otro...

JUANIN.—¿Verdad que no?... ¡Aquella gracia..., aquella simpatía!... ¡Hasta sus amigos!... ¡Y todo, señor!... Era otra alegría; más verdad toda, Lo que dice la Lucila. Entonces hasta cuando lloraba era de verdad. Ahora todo es fingido. ¡Hasta los ataques de nervios!... ¡Porque no quieran ustedes saber las escenas!...

FULGENCIO.—Pues ya digo, por nosotros que no haya ninguna... Cuando venga la señorita tú le dices el motivo de habernos ido...

JUANIN.—¡Qué han de irse ustedes! ¡Menudo disgusto se llevaría!... ¡Con la ilusión que ella tiene con tenerles a ustedes aquí hoy a almorzar! ¡Y lo que ella se divierte cada vez que el otro se lleva una sofoquina! Es lo único que la divierte. ¡Y qué variación en los disgustos..., y lo que ella se ríe en cuanto él vuelve la espalda!... ¡Qué repertorio!... ¡Los hay de mutismo!... Tres días sin hablar... Por gestos y por señas... Es lo que más le desespera...

FULGENCIO.—Es que por señas pueden decirse cosas muy expresivas.

JUANIN.—Los hay de tirarse todos los bibelots a la cabeza. Por eso dice él que es una cursilería tener bibelots... Que en las casas "bien" ya no tienen bibelots... En fin, ¡para qué les voy a ustedes a contar!... ¡Qué diferencia con el señorito Pepe!

FULGENCIO.—Oye, ¿no ha vuelto a saberse de él?

JUANIN.—Como si se lo hubiera tragado la tierra. Nos dijeron que estaba haciendo películas...

FULGENCIO.—Eso es lo que hacen ahora todos los señoritos tronados...

JUANIN.—Otros, que le habían visto de bailarín en un dáncing. Bailaba muy bien; eso. sí...

VISITACION.—¿Y la señorita se acuerda mucho de él todavía?

JUANIN.—Yo creo que sí. Por lo mismo que no le nombra ni le gusta que se lo recuerden; y es que el cariño es como el dinero: el que no se ve es porque está mejor guardado...

VISITACION.—A este de ahora se ve que no le quiere mucho...

JUANIN.—¡Qué ha de quererle!... Ni es posible...

FULGENCIO.—Es que no hay que darle vueltas. No basta el dinero si no se es persona de clase. A mí que me den tratar siempre con una persona de clase aunque no tenga dos pesetas. Por eso ya habrás observado en el tiempo que nos conocemos que yo no me

he tratado nunca con ninguno de los porteros de la vecindad. A mí me ha gustado tratarme siempre con quien pueda enseñarme algo. Yo no he tenido otro vicio que el de la lectura para la instrucción. Esta puede decirlo. Pero nada de novelas ni de cuentos. Libros de medicina y de ciencia. Cosa seria...

JUANIN.—Así da gusto oírle a usted. De todo sabe usted...

FULGENCIO.—Entre los libros y la portería, ¡ni la Universidad! Si por algo hubiera querido tener un hijo, que el no tenerlo es por culpa de ésta...

VISITACION.—Ya estamos con las mismas...

FULGENCIO.—Calla, mujer; que no es por hacerte de menos. Ya sabemos todos que es por causa científica, no es por nada malo... pues hubiera sido para darle una carrera de Facultad, aunque me hubiera costado lo que no tengo. Ya sé que ahora no es esto lo que priva, pero yo soy reaccionario, y soy tan republicano como el primero. Eso es aparte, pero republicano especial. No de los jabalíes, como ha dicho muy bien Ortega y Gasset. Con Ortega y Gasset no tendría yo inconveniente en ir a todas partes...

JUANIN.—Me parece que ha venido la señorita... Sí. La oigo que se pelea con la doncella, que es la verdadera señora de la casa... ¡Como el señor dice que es una doncella "chic", que ha servido en casas de mucho tono!... "Sólo que ahora..., como esa gente está toda en el extranjero, ha tenido que reducirse...", eso dice ella. Y que está aquí por el señor y por hacerle un favor a la señorita...

FULGENCIO.—Es que se ha perdido toda noción de respeto, tanto a las personas como a las entidades. Para mí, desde el momento en que estoy en la portería, todos los inquilinos son lo mismo. Personalmente, en mi fuero interno, podré hacer distinción de unos y otros, pero como portero, para mí todos son un puro símbolo: el inquilino..., sin hacer diferencias que sólo incumben al administrador, como representante del propietario, entre los que pagan con puntualidad y los que se retrasan. Yo tengo la norma de creer que los que se retrasan no es nunca por su gusto, sino por vicisitudes que nadie somos quien para prejuzgar...

JUANIN.—(*Que lo ha oído embobada.*) Lo orgullosa que debe usted estar con su esposo, Visitación...

VISITACION.—Pero lo que yo le digo siempre. De qué te sirve saber tanto para no haber salido nunca de una triste portería...

FULGENCIO.—No he tenido nunca ambiciones. No es porque no me hayan ofrecido muy buenos puestos...

VISITACION.—Eso, sí... Uno de refrescos nos traspasaban en la glorieta de Quevedo, en muy buenas condiciones, que deja al año lo menos seis mil pesetas...

FULGENCIO.—Pero ya digo yo que no soy ambicioso. Y en un

puesto como ése, de refrescos, tenía uno que tratar por fuerza con un pelé melé en que por fuerza, por razón natural, han de estar en minoría las clases altas y las medias, y en eso yo seré siempre reaccionario...

VISITACION.—¡Ah!... ¡La señorita!...

## ESCENA IV

### DICHOS y LUCILA.

VISITACION.—Señorita Lucila...

FULGENCIO.—¿Cómo le va a la señorita?...

LUCILA.—Hola..., Fulgencio..., Visitación... ¡Cuánto me alegro de veros!... Creí que no os acordaríais de que hoy estabais convidados a almorzar conmigo...

FULGENCIO.—¿Cómo se nos iba a olvidar?... Pues es poca satisfacción para nosotros que la señorita se acuerde de nosotros y nos dispense testimonio tan verídico de su aprecio como es dignarse con invitarnos a compartir un almuerzo... Pero bueno es que le diga a usted Juanín que hay una novedad que pudiera ser impedimento a nuestra satisfacción.

LUCILA.—¿Qué novedad es esa, Juanín?

JUANIN.—No haga usted caso. Que el señor ha estado aquí a poco de irse usted y dijo que hoy vendrá a almorzar con sus amigos. Que se lo dijera a usted; y porque yo le dije que hoy tenía convidados, ¡no quiera usted saber cómo se ha puesto!

LUCILA.—Que se ponga como quiera. Me alegro tanto... Si quiere almorzar aquí con sus amigos, que almuerce en el comedor el *menú* de la cocinera. Nosotros almorzaremos aquí lo que nos dé la gana y a gusto nuestro. Fulgencio se encargará de traerlo todo.

FULGENCIO.—Pero, señorita... No vaya usted a tener un disgusto por nosotros...

LUCILA.—Yo disgusto... ¡Pues no estoy poco alegre!

JUANIN.—¡Sí que trae usted una cara!...

LUCILA.—¡Si supieras, Juanín!... ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! Adivina, adivinanza...

JUANIN.—No me diga usted más...

LUCILA.—¿A que no lo aciertas?...

JUANIN.—Que sí...

LUCILA.—¡Que te digo que no!...

FULGENCIO.—Creo que yo lo he acertado...

VISITACION.—Y me parece que yo también...

LUCILA.—¡Los tres! ¡No es posible!... ¿A que no?... A escribirlo cada uno en un papel. A ver si es verdad. ¿Dónde hay papel?

FULGENCIO.—Yo tengo aquí; y la estilográfica...

LUCILA.—Pues escriban ustedes...

FULGENCIO.—Ya está...

LUCILA.—Muy bien. Así, dobladito. Al que acierte, un premio.

JUANIN.—¿Y si acertamos los tres?

LUCILA.—Tres premios...

JUANIN.—Ahí va el mío...

VISITACION.—Yo sé poco de letra. Escribe tú por mí...

FULGENCIO.—Pero, ¿qué pongo?...

VISITACION.—Es verdad. Te lo diré al oído. (*Fulgencio, al oír lo que le ha dicho su mujer, se ríe.*)

LUCILA.—¿De qué se ríe usted?...

FULGENCIO.—De que sí..., de que sí...

VISITACION.—Tenga usted...

LUCILA.—Así, los tres. ¡Qué emoción! No es posible que los tres hayan acertado. Vamos a verlo. (*Desdoblando las papeletas y leyéndolas.*) "Que ha visto usted al señorito Pepe." "Que ha hablado usted con el señorito Pepe." Otra: "Que está en Madrid el señorito Pepe." (*Todos se ríen.*) ¡Ay! ¡Qué gracia, qué gracia! Si parece de brujería. ¡Acertar los tres! Esto es cosa de algún espíritu.

JUANIN.—¡Qué espíritu ni qué brujería! Es cosa del querer, que cuando es verdad se asoma a los ojos, a la risa y hasta al modo de andar... ¿Y le ha visto usted? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Y cómo ha sido volver a Madrid? ¿Qué ha sido de él?...

VISITACION.—¿Cómo anda de dinero?...

FULGENCIO.—¿Cómo está de salud, que es lo principal, mujer?...

JUANIN.—Eso, eso. Cuenta, cuenta..., que no puedo más... ¡Ay!... ¡Han llamado!... ¡A que es el otro!...

FULGENCIO.—¿El señorito Pepe?

JUANIN.—No; don Sabino...

FULGENCIO.—¡Como dices el otro!...

LUCILA.—¡No! ¡Qué ha de ser Pepe! ¡Dice bien Juanín, es el otro!... En estos casos, el otro es siempre el que llega cuando no hace falta. Corre a ver quién es... (*Sale Juanín.*) Ya les habrá dicho a ustedes Juanín lo del arroz. Lo dejaremos para otro día y en donde pueda estar con más libertad. En esta casa, que dicen que es mi casa, manda todo el mundo más que yo. ¡Y es que la casa es antes que todo, con tal de que esté bien la casa!... (*Vuelve Juanín.*) ¿Era él?...

JUANIN.—El mismo. Que hagas el favor de venir...

LUCILA.—Que venga él aquí si quiere...

JUANIN.—Dice que aquí no entra...

LUCILA.—Y yo de aquí no salgo...

FULGENCIO.—Si no entra por nosotros..., nosotros nos despedimos...

LUCILA.—Que no, que no se mueven ustedes, ni se van de aquí. (*Alzando la voz.*) Almuerzan ustedes conmigo. ¡No faltaba más!... ¡Alguna vez he de hacer mi gusto! ¡Ya estoy harta de esclavitud!... ¡No puedo más!... (*Todo esto gritando muy cerca de la puerta como si estuviera muy enfadada, pero sin alterarse lo más mínimo.*) ¡No puedo más! ¡Déjenme ustedes! ¡Quiero gritar! ¡No me contengan ustedes! (*Tira un cacharro con gran escándalo y estrépito.*)

JUANIN.—¡Qué has hecho, mujer, que era el más bonito!

LUCILA.—¡Era horrible!

JUANIN.—Si va usted a tirar más, tire usted este que es de los baratos...

VISITACION.—¡Qué lástima!... Si va usted a tirarlo démelo usted, señorita Lucila, para encima de la cómoda... Es muy precioso...

LUCILA.—Tómelo usted...

VISITACION.—Muchísimas gracias...

LUCILA.—(*Gritando.*) ¡Dejadme que lo rompa todo!... ¡No quiero nada! ¡No quiero ver a nadie!... ¡Ay, ay! ¡Ay, ay! (*A Juanín.*) Corre y dile que me ha dado el ataque; que hay que avisar al médico. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay! (*Sale Juanín.*)

FULGENCIO.—(*A Visitación.*) Ya tiene trabajo la pobre...

VISITACION.—¡Ya, ya! ¡Es para visto!... (*Vuelve Juanín,*)

LUCILA.—¡Qué! ¡Qué dice!

JUANIN.—Se ha ido echando bombas... ¿No has oído el portazo?... Que no vuelve a poner los pies en esta casa...

LUCILA.—Entonces está aquí dentro de cinco minutos... Y eso es lo que yo no quiero... Yo necesitaba echarle para todo el día, porque dentro de nada va a venir... ¡Va a venir! ¡Va a venir!...

JUANIN.—¿El señorito Pepe? ¿Va a venir aquí?...

LUCILA.—¡Aquí! ¡Aquí! Me dijo que vendría en seguida... En cuanto se desnudara...

JUANIN.—¡En cuanto se desnudara!...

LUCILA.—Bueno, en cuanto se vistiera..., pero antes tenía que desnudarse de su traje... El de su trabajo...

JUANIN.—¿Su trabajo?... ¿Su traje?... Cuenta..., cuenta... ¡Ya podíamos saberlo todo!... ¡Qué oportunidad de hombre!...

LUCILA.—¡Es como de novela!... ¡Más bonito aún; como de película!...

VISITACION.—Diga usted; diga usted, señorita Lucila...

LUCILA.—Pues verás, verán ustedes; figúrate, figúrense ustedes que al pagar el taxi que me había dejado en la puerta de Lhardy, para tomar un tenteempié, porque sentía debilidad... Y ahora me

acuerdo que vendrá un dependiente con unos sostenes que tengo que probarme... No vayan a decirle que no estoy en casa. Avisa.

JUANIN.—Déjate estar. No cortes a lo mejor del cuento como la sultana de las Mil y una noche...

FULGENCIO.—¡Caray, sí has traído bien la citación!...

JUANIN.—¡También yo he leído algo, señor Fulgencio!... Pero acaba ya, por favor... ¿Qué resultó?

LUCILA.—Pues eso; que al ir a pagar el taxi—yo ni había mirado al chófer—va y me dice: "Gracias, no es nada". "¿Que no es nada?" Miro y... ¡Vamos, que no me caí redonda por milagro!... ¡Era él! ¡Era él! ¡Pepe!

JUANIN.—¿El señorito Pepe de chófer de punto?...

VISITACION.—¡Señor, Señor! ¡Lo que hay que ver en esta vida!

FULGENCIO.—Es que cuando la realización se pone a ser novelesca...

JUANIN.—¿Y qué le dijo a usted? ¿Qué ha sido de él en estos años?

LUCILA.—¿Qué querías que me dijera? ¡No era cosa de ponernos a hablar en medio de la calle!... ¡Le dije que viniera a verme!... Me dijo que dejaba el coche y que vendría lo más pronto posible... Ya no puede tardar... Estate al cuidado...

JUANIN.—¡Ya lo creo que estaré... ¡Voy, voy!... ¡Qué alegría volver a verlo! ¡Pobre señorito!... ¡Lo que habrá pasado para tener que ponerse a chófer!...

FULGENCIO.—No es tan mal oficio... En peores se ha visto gente muy principal y la que ha de verse todavía...

JUANIN.—(*Señalando el corazón.*) ¿Y de aquí? ¿Qué te ha dicho?

LUCILA.—¡Pero qué iba a decirme, mujer! Con la sorpresa y la emoción... Si yo no acababa de creer que era él... Ni que yo era yo... Y con tener tanto que decirnos y que preguntarnos, me parecía como un extraño, como si no lo hubiera visto nunca, como si no supiera nada de él, ni él de mí... ¿Han llamado?...

JUANIN.—No.

LUCILA.—Te digo que sí.

JUANIN.—Te digo que no.

LUCILA.—Ponte al balcón y avísame cuando le veas venir.

JUANIN.—¡Que hace mucho frío!...

LUCILA.—Ponte uno de mis abrigos de piel....

JUANIN.—¡Si por eso viniera antes!...

LUCILA.—¡Tienes razón!...

JUANIN.—¡Y el otro... que no tardará en enterarse!...

LUCILA.—Por mí que se entere. Además, ya no ha de ser lo mismo. ¡Quién sabe lo que habrá sido de él en tanto tiempo! ¡Si habrá alguna mujer de por medio!...

JUANIN.—¡Si que no tardaría él en dejarlo todo por ti... como tú por él!...

LUCILA.—Te equivocas. No se deja así como así. Me pareció que llevaba un anillo de casado, No estoy segura. Me pareció verlo y no me atreví a volver a mirar porque no quería convencerme...

JUANIN.—Figuraciones tuyas...

LUCILA.—Es posible, pero malo es que yo piense una cosa. Tengo un corazón muy seguro... ¡Ahora, sí; ahora, sí!

FULGENCIO.—Sí. Ahora, han llamado.

LUCILA.—Corre, Juanín... (*Sale Juanín.*)

FULGENCIO.—Si la señorita no manda otra cosa, yo creo, salvo mejor opinión de la señorita, que es mejor que nos retiremos. Hoy no está usted para nada.

LUCILA.—¡Al contrario!... Estoy para todo. No se vayan ustedes. Esperen ustedes aquí. (*Indicando una habitación de al lado.*) Sí; almorzaremos, almorzaremos. El también almorzará con nosotros. Eso sí; antes quiero hablar a solas con él...

VISITACION.—Es muy natural...

FULGENCIO.—Pero es que por nosotros...

LUCILA.—Juanín les traerá a ustedes cualquier cosilla como aperitivo; unas lonchitas de jamón serrano y manzanilla para hacer boca...

FULGENCIO.—Se agradece...

LUCILA.—Pues pasen ustedes aquí.

VISITACION.—Con su permiso...

FULGENCIO.—Pero que si estorbamos lo más mínimo... Ya sabe la señorita... Con nosotros siempre está cumplida la señorita... y nosotros tan agradecidos...

LUCILA.—Ya lo sé, Fulgencio, ya lo sé. Pasen usedes... (*Entran Fulgencio y Visitación en el momento en que aparecen Juanín y Pepe.*)

## ESCENA V

PEPE, LUCILA y JUANIN.

JUANIN.—(*Dentro.*) Aquí está. ¡Pase usted; pase usted! (*Apareciendo con Pepe y empujándole hacia Lucila.*) ¡Le voilá!

PEPE.—¿He tardado?

LUCILA.—No. ¿Qué has de tardar? Siéntate, siéntate. ¡Me parece mentira!

PEPE.—A mí también...

JUANIN.—No se ha desmejorado nada...

PEPE.—No; estoy muy bien.

JUANIN.—Ya lo creo que está usted bien... (*Señalando a Lucila.*) Y... aquí, ¿cómo la encuentra usted?

PEPE.—Como siempre...

LUCILA.—Como si no hubiera pasado nada, ¿verdad? Pues ha pasado mucho.

JUANIN.—¡Vaya si hemos pasado! Hemos esperado hasta lo ultimito, que fueron los cubiertos, que ya empezaban a no hacer falta. Aquí sólo estamos desde hace dos meses... Si es que le han dicho a usted otra cosa...

PEPE.—¡Bonita casa!

JUANIN.—Esta es una salita de confianza. Mi taller. La leonera. Pero ya verá usted qué gabinetes y qué comedor. Muy inglés todo y muy americano. Tenemos hasta un bar...

PEPE.—Lo creo. Para Sabino Montero y sus amistades...

LUCILA.—¿No se te olvida el nombre?

PEPE.—Si se me hubiera olvidado, al volver a Madrid tendría que recordarlo. En Madrid, sólo con llegar ya se sabe todo.

LUCILA.—De los que estamos. Pero de los que llegan no se sabe nada. (*Cogiéndole la mano del anillo de boda.*) Todo hay que suponerlo, ¿verdad?

PEPE.—Sí. Me he casado.

JUANIN.—¿Que se ha casado usted?

LUCILA.—¡Tenía que ser! Tú has tido siempre muy caserito. Muy de hogar. ¡Has hecho bien!... ¿Es guapa? ¿Más que yo?

PEPE.—No hay comparación.

LUCILA.—Es verdad. Es tu mujer. No puede haber comparación.

PEPE.—Tengo una chiquilla.

LUCILA.—¡Una hijita! ¿De veras? ¿Qué edad tiene?

PEPE.—Cuatro años.

LUCILA.—Poco más hace que nos separamos. ¡Una hija! ¿Lo ves? ¡Eso es bonito! ¡Qué alegría! Seré tonta: ¡qué alegría digo, y se me saltan las lágrimas! ¿Cómo se llama?

PEPE.—Carmen. Como su madre. La llamamos Carmelina. ¡Es más graciosa!

LUCILA.—¿Vas a traerla un día?

PEPE.—Si tú quieres...

LUCILA.—Sí, sí. Voy a quererla mucho. Y, oye. ¿Cómo fué el casarte? ¿Conocías ya a la que hoy es tu mujer?

PEPE.—Sí; habíamos sido novios. En mis tiempos estudiantiles... Es una muchacha sencilla. Me quiere...

LUCILA.—De modo que eres dichoso; más dichoso de seguro que cuando tenías dinero. ¿Qué te decía yo? ¡Hace falta tan poco para ser dichosos!...

PEPE.—Sí; pero no creas... Se pasan privaciones... Por mí no

me importaría... ¡He pasado tantas!... Ya irás sabiendo, ya te contaré... Digo, si es que puedo verte algunas veces...

LUCILA.—Siempre que quieras...

PEPE.—Pero ha de ser sin tapujos, ¿eh?

LUCILA.—Por supuesto. A la luz del día. ¡Pues sí que me han gustado a mí nunca los tapujos! Pero dime, dime, lo que más me interesa... ¿Cómo vives? Tendrás tu casita...

PEPE.—Muy pobre, ya te digo. Tiene luz y sol. Menos mal. Allá por la Dehesa de la Villa. La he buscado allí por la niña, que se cría delicadilla... ¡No puede uno hacer todo lo que quisiera!... Eso es lo único que me preocupa, que no le falte nada a mi hija...

LUCILA.—Y si yo no quiero que le falte nada, ¿lo aceptarías ahora?...

PEPE.—Ahora, sí. Ya ves, ahora no me ofende ni humilla tu ofrecimiento. Por mi hija te permito que hagas todo lo que puedas. Mírala, aquí llevo un retrato. Es una fotografía muy mala. La hizo un compañero que tiene un kodak...

LUCILA.—Es muy rica. Esta es...

PEPE.—La madre...

LUCILA.—No es fea... Cara de buena...

JUANIN.—¡Vamos, tú!, ¿no vas a llorar ahora?

LUCILA.—¿Y tú?

JUANIN.—Yo estaba llorando hace un rato. (*Cogiendo el retrato.*) Permítame usted... Sí que es muy rica...

LUCILA.—¿Quieres tomar algo? ¿Quieres almorzar? ¿No sabes a quién tengo hoy convidados? A Fulgencio y a su mujer. A los porteros de nuestra casa...

PEPE.—Eran muy buena gente...

LUCILA.—No sabes cuánto tengo que agradecerles. Son de los que ya no quedan en su clase...

JUANIN.—A la antigua madrileña, como yo digo.

LUCILA.—Entonces, ¿almuerzas con nosotros?

PEPE.—No puedo. Me esperan en casa y tengo que volver con el coche. No puedo perder la tarde.

LUCILA.—¡No puedes perder la tarde! No sé qué me da oírte. En fin, no te digo nada... Tú sabrás mejor... Avísame cuando vayas a venir para estar en casa y estar sola. Y cuando quieras tráete a la niña. Anda, Juanín, trae unos dulces y unas pastas en una cajita, para que se las lleve... Y esta muñeca...

PEPE.—¡Quita! Es demasiado lujosa, y tú tienes gusto de tenerla...

LUCILA.—Si tengo muchas... ¡Mira cuántos juguetes! Como siempre, ya sabes. Todos lo que no pude tener cuando era niña, detrás de los que se me iban los ojos..., pues ¡todos para tu hijita!... ¡Todos! ¡Ya verás!... ¡Estoy muy alegre, muy contenta!... ¡Lo

que es la vida! No puede tener una nada pensado. De todo pensaba yo que hablaríamos menos de lo que hemos hablado... Sin recordar nada de nosotros, ni de nuestra vida... Es que es otra vida la que nos llama, la que va a unirnos más que nunca... ¿No es mejor así?

PEPE.—Tú sabrás...

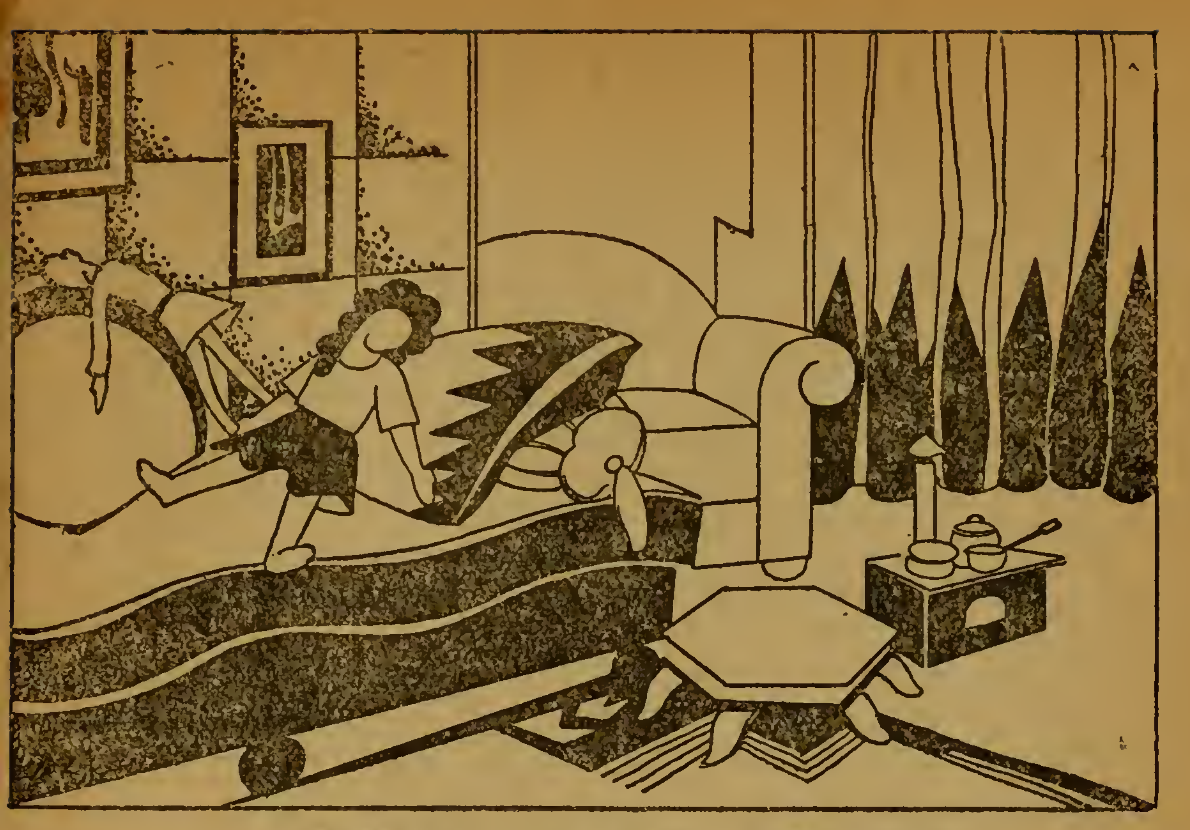
LUCILA.—No he de saberlo... ¡Si estoy tan contenta, tan contenta, que ya lo ves: en mi vida he llorado tan a gusto... ¡Yo sólo había llorado por cosas tristes!...

PEPE.—¡Mi Luci!... ¡Eres buena!...

LUCILA.—¿Verdad que sí? Soy buena. Necesito oírlo, necesito oírlo, porque ya se me había olvidado.

FIN DEL ACTO PRIMERO





# ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

## ESCENA PRIMERA

JUANIN y VISITACION, muy afligida.

JUANIN.—¡Vamos, Visitación! No se ponga usted así. ¿Es que no están ustedes a gusto en esta casa?

VISITACION.—¿A gusto? Figúrate... Pero hazte cargo si no es muy triste, al cabo de los años... ¡Ocurrírsele al señor marqués vender la casa..., y no haber sido para poner una cláusula de que nos respetasen en la portería... ¡Y vernos en la calle cuando ya no está uno para buscar otro acomodo!... ¡Si no hubiera sido por la señorita, no sé qué hubiera sido de nosotros!...

JUANIN.—Sí, es muy triste. Pero la señorita está muy conforme con tenerlos a ustedes aquí. La casa es grande y no tienen ustedes por qué apurarse, que ustedes no estorban. Usted me ayuda en todo lo que puede...

VISITACION.—Eso quiero, y que tanto la señorita como tú no reparéis nunca en mandarme, sea lo que sea. Aquí estoy para todo... Yo nunca me he dolido del trabajo... Pero Fulgencio..., con su genio... Yo veo que se reconcome de no hacer nada...

JUANIN.—El señor Fulgencio puede ser como un secretario de la señorita: contestar a las cartas, que son muchas las que se reciben... a diario...

VISITACION.—¿De pretendientes?

JUANIN.—Más de sablistas. Todo es pretender. Y el señor Fulgencio se da muy buena maña para contestarles. ¡Pone unas palabras tan bien traídas! Además, la señorita quiere que el señor Fulgencio lleve las cuentas de todo lo que se gasta... Porque esta casa... Ya irá usted viendo...

VISITACION.—Ya he visto; ya he visto lo bastante... Y eso es lo malo, que si Fulgencio quiere poner orden, todos van a tomarla con nosotros en esta casa. De poco servirá que la señorita esté de nuestra parte si a los demás les molestamos. Ya habrás visto la cara que nos pone el señor cuando se tropieza con nosotros, que ni siquiera a los buenos días contesta...

JUANIN.—¡Quién hace caso!... Ese es..., ¡no es más que un déspota!...

VISITACION.—No diré yo tanto; pero, vamos, que para un señor de la posición de él y con tanto como tiene de todo, un poco de buena crianza que tuviera no le estaría mal...

## ESCENA II

DICHOS y FULGENCIO.

FULGENCIO.—(*Tirando unos papeles con muy mal modo.*) ¡Esto no, vamos, esto no.

JUANIN.—¿Qué le pasa a usted, señor Fulgencio?...

VISITACION.—¡Qué ha de pasarle!... ¡Lo que yo te decía!... Las cuentas, ¿no es eso?

FULGENCIO.—¡Es que esta gente! ¡Yo no sé lo que se hayan figurado! Ya sabemos que todo se ha encarecido, hasta las patatas..., pero, ¡vamos!, es que esta directora del ramo culinario—la jefa, como ella dice, porque no consiente que le digan la cocinera—las pone a un precio, ¡como si las comprara ya souflées!... ¡Ya sé yo que el Ministerio de Hacienda es siempre el hueso; pero si la señorita no pone orden, no sé dónde vamos a parar!... ¡Esto es el soviet! ¡Y óigala usted encima! Lo mejor que me ha dicho es que procediendo, como procedo, de una portería, mal puedo saber lo que cuestan las patatas tempranas... Cuando tú sabes que en nuestra modestia, y gracias a las aptitudes de ésta, tanto para la adquisición como para el condimento, el olor de nuestra cocina era la envidia de toda la vecindad, con ser gente acostumbrada a bien comer... ¡Qué voy a decirte! Tú sabes que la señorita se

perecía por los arroces y los cocidos de ésta, que más de cuatro veces ha tenido que subir a confeccionarlos, o cuando menos a dirigirlos técnicamente. A mí es que me da vergüenza presentar estas cuentas a la señorita...

JUANIN.—Déjese usted. No se asustará. Está muy acostumbrada.

FULGENCIO.—No; a mí que me releven de este cargo. Verdad es que de qué voy a encargarme. ¡La señorita quiere que uno justifique el pan que come y no sabe qué inventar! ¡Y eso no puede ser! Es cuestión de dignidad nuestra. Hoy mismo nos despedimos de la señorita y que sea de nosotros lo que quiera... ¡Iremos tirando con los pocos ahorrillos hasta donde se pueda, y después Dios dirá!...

VISITACION.—¡Señor! ¡Dios mío!... ¡Ya sabía yo que esto no era para su genio!...

FULGENCIO.—Ni para el genio de nadie que tenga un poco de pundonor y de vergüenza. Yo bien sé que la señorita ha tenido ya más de un disgusto por nosotros. Y eso no puedo yo consentirlo. El otro día le oí decir muy claro al señor: "¿Pero es que esta casa va a ser un asilo de vagos y de sinvergüenzas?..." No comparecí a contestarle en atención a la señorita y a que bajo el prisma que él lo considera hasta pudiera tener razón. Pero a ti te consta, y también a la señorita, lo que yo me he opuesto a aceptar la generosa hospitalidad de la señorita...

JUANIN.—¡No haga usted caso! En eso del asilo entramos todos. Yo la primera, que es con quien principalmente la tiene tomada. Lo primero que le molesta es no saber, como él dice, en qué concepto estoy en esta casa: si de doncella o de señorita de compañía. Para doncella me falta la diadema, y para señorita de compañía, el gorrete, que no me lo pongo más que cuando viajo con la señorita. Por Madrid, a pelo, como un pollo "bien". Y eso es lo que más le puede; que yo no tengo ni pizca de "chic", ni doy tono a la casa...

FULGENCIO.—Pues figúrate el tono que vamos a darle nosotros...

JUANIN.—¡Qué más quisiera él que tener educación y los conocimientos de todo que usted tiene! Pero ahora lo que le trae a mal traer es la reaparición del señorito Pepe y el cariño que la señorita ha tomado a la niña, que ya parece otra. ¡Pobrecilla, estaba tan palidilla!... ¡Y tan escuchimizada!... ¡No tenía más que ojos, y hoy da gusto verla. La señorita la ha vestido de todo; y aquí come y aquí pasa los días... ¡Y la pobrecita nos ha tomado un cariño!... A la señorita le llama "mamita Luci". Yo creo que la señorita, como estaba tan enamorada del padre, se ha ilusionado hasta creerse que la criatura es hija suya... Y vean ustedes: cuanto más cariño toma a la niña menos se acuerda del padre. Y hasta le contraría que venga alguna vez a buscar a su hija. ¡En

cambio con la madre se lleva como una hermana!... Ya ven ustedes que lo natural era que no la viera con buenos ojos, porque al fin es la mujer del hombre que ella más ha querido. Pues, no, señor. ¡No sabe qué hacerse con ella!... Es que, como yo digo, ¡el corazón tiene muchos misterios!...

FULGENCIO.—Así es. Y el de las mujeres, misterios y sorpresas...

JUANIN.—¡Y qué cambio el de Lucila!... Cuidado que el señor se pone algunas veces por cuestión de la niña, y de ustedes, y de todos..., ¡para qué vamos a engañarnos!, como para tirarle todos los cacharros a la cabeza; pues la señorita le oye como quien oye llover... y ya ni ataques de nervios ni una mala contestación... Y vean ustedes también lo que son las cosas: a él le saca más de quicio este sistema que no puede explicarse. Así anda de receloso y escamado creyendo que la Lucila ha vuelto a entenderse con el señorito Pepe; pero como no ve ni puede ver por más que mire..., él solo se revuelve y se desespera...

VISITACION.—¿Y la señorita?...

JUANIN.—Se ríe lo imposible... Y todo lo que dice es: ¿no sé por qué se queja, porque con cuidar de la niña no me cuido nada de mí, y le gasto muchísimo menos? Pero los hombres no saben agradecer nada. ¿Y... qué será—y lo tengo muy observado con los hombres—que tocante a las mujeres lo malo se lo explican siempre y lo bueno nunca saben explicárselo?...

FULGENCIO.—Te diré la razón. Como lo malo suele ser lo más corriente, ello solo se explica; pero lo bueno, como es tan "rara avis", pues no está tan claro y parece como si siempre hubiera algo malo detrás que no se aprecia a primera vista...

JUANIN.—Lo que sabe usted, don Fulgencio...

FULGENCIO.—¡Un poco de cultura y treinta y dos años de portería!... ¡Nada más que eso!...

## ESCENA III

DICHOS, CARMEN y CARMELINA.

JUANIN.—¡Señorita Carmen..., Carmelina, rica!...

CARMEN.—Buenos días, Juanín... (*A Visitación y Fulgencio.*) Muy buenos días...

VISITACION.—Buenos los tenga usted, señorita Carmen.

FULGENCIO.—¡A los pies de usted!...

JUANIN.—¿No ha ido la señorita Lucila a casa de ustedes? Dijo que iba a buscar a la niña...

CARMEN.—Sí; allí ha estado, pero me dijo que viniera con la niña, que ella vendría en seguida...

JUANIN.—¡Ah!... Otro vestido... ¡Qué elegante!...

CARMEN.—¡Otro regalo de la señorita Lucila!... ¡Es una locura! Tendré que enfadarme con ella.

CARMELINA.—Mamá ha llorado, mamá ha llorado mucho...

CARMEN.—¡Calla, corazón!... ¡Qué he de haber llorado!...

CARMELINA.—¡Sí, sí! ¡Y mamita Lucila va a pegarle a papá porque ha hecho llorar a mamá!...

CARMEN.—¡No hagan ustedes caso!...

FULGENCIO.—Por supuesto... ¿Quién hace caso de los niños?...

JUANIN.—¡Quién hace caso!... Pero muy buena cara no trae usted.

CARMEN.—¡No faltan disgustos!...

JUANIN.—Pero... ¿no habrá sido el disgusto con la señorita Lucila?...

CARMEN.—Por Dios... ¡Ni pensarlo!...

JUANIN.—Es que como hay gente tan mala... ¡y tan envidiosa!... ¡Podían haberle ido a usted con algún cuento!...

CARMEN.—No, Juanín; tengo absoluta confianza en Lucila... ¡Ha sido tan leal y tan buena conmigo!... Quiere a mi hija tanto como yo..., no puedo decir más... Gracias a ella mi hijita tiene salud y alegría... Yo sé que mucha gente nos envidia y quisiera que yo desconfiara...

JUANIN.—Bien segura puede estar usted, señorita Carmen...

CARMEN.—¡Lo estoy!... ¡Tú crees que de otro modo aceptaría yo nada!...

JUANIN.—Entonces... ¿Qué le ha pasado a usted?...

CARMEN.—Ya te lo dirá la señorita. Delante de la niña no quiero decir nada..., se hace cargo de todo..., ya lo has oído antes... ¡Y mírala... cómo está pendiente de lo que hablamos!...

JUANIN.—¡Ya, ya! Algo me figuro...; el señorito Pepe, ¿verdad?

CARMEN.—Sí.

JUANIN.—No tiene más falta que ésa: dejarse querer...

CARMEN.—Eso, sí. Dejarse querer...

JUANIN.—Gracias a que eso tiene mejor remedio que si quisiera él... ¡No se aflija usted!... Son ventoleras que les dan a los hombres; pero teniendo usted a su hija..., ¡qué puede importarle a usted!... Usted estará siempre por encima de todo... ¡Es que hay mujeres!...

VISITACION.—Dímelo a mí, que de eso sé un poco... Las peleas que yo he tenido siempre con éste y las criadas de la vecindad... ¡Pero que eran ellas las que le buscaban!... ¡Señora!..., ¡con la más poca vergüenza del mundo!...

FULGENCIO.—¿Quieres callar, mujer? Pues sí que el personal era para presumir... (*Entra la DONCELLA.*)

JUANIN.—¿Qué hay?

DONCELLA.—El señor está en el bar con sus amigos...

JUANIN.—¡Pues está bien!...

DONCELLA.—¡Es que no hay whisky!...

JUANIN.—¿No lo han traído?... Pues se encargó anteayer...

DONCELLA.—Eso dice el señorito..., que si para eso hay aquí tanta gente, para no tener cuidado de que no falte el whisky...

JUANIN.—¡Que lo traigan en seguida!...

DONCELLA.—Ya han telefoneado a casa de Pidoux... También pregunta el señor si la señorita va a almorzar sola o con el crío...

JUANIN.—Con el crío... ¿Es eso sólo lo que ha aprendido usted en esas casas de tono?...

DONCELLA.—Yo digo lo que ha dicho el señor...

JUANIN.—Pues si yo le diera a él más de cuatro recados... como me los da a mí la señorita... ¡Pero no hay que repetir las expresiones... cuando no son las adecuadas!... ¿No digo bien, señor Fulgencio?...

FULGENCIO.—Muy bien dicho, Juanín...

JUANIN.—Para que vea usted cómo no está usted de más en esta casa, que ya voy aprendiendo a hablar como usted, y puede que todos nos repulamos, hasta el señor, que bien lo necesita... ¡El crío!... ¡Habráse visto! ¡Si la oye a usted la señorita!...

DONCELLA.—Está bien... Como si no hubiera dicho nada... (*Sale.*)

JUANIN.—¡Qué servidumbre!... ¡La del "chic" y la de las casas de tono!...

## ESCENA IV

DICHOS y LUCILA.

LUCILA.—Ya estoy aquí... ¡Lo que he corrido!...

CARMELINA.—¡Mamita Luci!... ¡Mamita Luci!... ¿Qué me traes?...

LUCILA.—Los dulces que te gustan a ti...

CARMELINA.—Dame...

LUCILA.—No, ahora no; que se te quita la gana y vamos a almorzar muy pronto. Anda, ve con Juanín por ahí dentro... (*A Juanín.*) Llévatela... Tengo que hablar con Carmen...

JUANIN.—Ven conmigo..., rica. (*A Lucila.*) ¿Te han dicho que ahí está el señor?...

LUCILA.—Sí. Ya lo sé. ¿No pensará quedarse a almorzar?

JUANIN.—No ha dicho nada... ¡Está con sus amigos!...

LUCILA.—¡Valientes pelmazos!... Si se quedan a almorzar que almuercen ellos solos, a mí que me dejen en paz... Oye: si viene una señorita joven y pregunta por mí, que pase...

JUANIN.—¿A la salita?...

LUCILA.—No, aquí... No es cosa de recibirla de ceremonia... No sé si vendrá... (*A Carmen.*) Ya puedes figurarte quién es... He estado en su casa. Me han dicho que no estaba... No lo creo..., porque tan temprano no habría salido, pero estaría sin componer... (*A Juanín.*) Llévate a la niña, mujer, que se entera de todo. ¡Es que estás muerta de curiosidad!... ¡Ya te enterarás de todo!... (*A Carmelina.*) Carmelina, anda con Juanín, anda. (*Salen Juanín y Carmelina.*)

VISITACION.—¿Manda algo la señorita?

LUCILA.—Nada, Visitación. A usted, señor Fulgencio, sí puede que lo necesite para escribir una carta; una carta muy diplomática, como usted sabe escribirlas...

FULGENCIO.—¡Favor que me dispensa la excesiva amabilidad de la señorita!... No tiene usted más que mandar, señorita Lucila... ¡No deseo otra cosa que servir a la señorita! (*Salen Visitación y Fulgencio.*)

## ESCENA V

LUCILA y CARMEN.

CARMEN.—¿Pero has estado en casa de esa mujer?

LUCILA.—Ya lo creo... ¡Y ésa me oye!... ¡No faltaría más!... Me he enterado de muchas cosas por la portera. Pregunté con habilidad... y fuí sonsacándole... Es una señorita "bien"... En efecto, Pepe va a verla con frecuencia.

CARMEN.—Ya lo sabía yo... Pepe no es el mismo conmigo ni con su hija...

LUCILA.—¡Qué mujeres!... Pues si cree que yo voy a consentirlo..., va a oírme... Claro que ella primero; le he dejado una tarjeta. No sé lo que habré escrito... En sustancia: que para un asunto que la interesa mucho se pasara por esta su casa lo antes posible... No sé si vendrá... Aunque no sea más que por curiosidad...

CARMEN.—¿Pero tú crees que vas a conseguir nada?

LUCILA.—¡Que me oiga por lo menos!...

CARMEN.—¿Qué va a creer?...

LUCILA.—¿De mí? Que crea lo que quiera... ¿Que yo soy la que está celosa?... ¡Mejor!, que lo crea. ¡A mí me tendrá más miedo que a ti!...

CARMEN.—¿Y si Pepe cree que soy yo la que te lo ha contado todo?...

LUCILA.—Y has hecho muy bien en contármelo. ¿Tú crees que

voy a consentir que te dé más disgustos por una cursilanta, una de estas señoritas comunistas que son mucho peores que una... ¡No, señor! Se ha casado..., tiene una hija, pues a ser buen marido y buen padre. ¡Mira que yo de predicadora!... Pero... ¡Vamos!... Si es que... No sé... ¡Os quiero tanto a ti y a tu hija!... ¿No lo crees?

CARMEN.—No he de creerlo.

LUCILA.—Es que muchos puede que no lo crean y hasta puede que se figuren que es de Pepe de quien me importa... Me importa que sea bueno contigo y con su hija. Para mí es cuestión de amor propio... ¡Más que de amor propio!... ¡No sé explicarlo!... Cuestión de que necesito que seas muy feliz para estar yo contenta de mí y creerme que soy no tan mala... y que algo bueno puedo hacer en el mundo... Mira... ¡Sólo ver la niña como está ahora!...

CARMEN.—Es verdad. ¿Y a quién se lo debemos todo?... La salud, la vida...

LUCILA.—Que te diga Juanín... Desde que tu hijita vino a esta casa, esta casa es otra; se vive de otro modo; hasta se habla de otro modo... Hay veces que me creo... ¡Qué sé yo!... Que soy una madre como la mejor que pueda haber en el mundo..., que soy igual a ti... ¡Y... cuando tengo que acordarme de que no es verdad!... Como ahora..., que estoy oyendo... a ése que no sé con quién se pelea..., ¡y que esto tenga que ser la verdadera vida!... ¡Qué harta estoy!... ¡Qué harta!... ¡Y qué envidia te tengo!... He dicho envidia, ¿eh? No he dicho celos. No lo pienses nunca... Si no hubiera más mujer que yo en el mundo..., bien tranquila podías estar con tu marido... Para mí ya no es más que el padre de tu hija...; de nuestra hija... Eso, sí; mía también; mía también...; ¡de esa sí que me importa que me quiera tanto como a ti!...

CARMEN.—¡Y así ha de quererte!...

## ESCENA VI

DICHAS, SABINO, MARTIN y ANDRES.

SABINO.—(*Entrando.*) ¿Has oído? (*Viendo a Carmen.*) ¡Ah, señora!

LUCILA.—¿Qué ocurre? ¡Ya podías pedir permiso!

SABINO.—Perdona. Creí que estabas sola. (*Por Martín y Andrés.*) ¿No has visto?

LUCILA.—Sí; ya veo...

MARTIN.—¿Cómo va, Lucila? ¡Nunca quieres vernos!

ANDRES.—Correspondes muy mal a nuestra amistad...

LUCILA.—(*A Sabino.*) Bueno, ¿qué ocurría?... Ya he oído que discutías...

SABINO.—¡Nada, nada! ¡Ya sabrás!...

LUCILA.—Carmen es de confianza...

ANDRES.—Una nueva amiguita... ¡Muy mona!...

LUCILA.—(*Presentándola.*) La señora de Pepe Tomillar, a quien ya conocéis...

MARTIN.—¡Ah, su señora!... ¡No sabíamos!...

LUCILA.—¡Ya lo sabéis!... ¡No hay que confundir!...

MARTIN.—¡No; ya se ve, ya!...

SABINO.—¿Tienes hoy también convidados?...

LUCILA.—A Carmen y a su niña...

CARMEN.—No; yo no almuerzo aquí...

LUCILA.—No has de almorzar... Tú no vuelves a tu casa hasta que yo haya hablado con esa señora y con tu marido. ¿Para qué vas a ir a tu casa?... Para disgustos..., para llantos... (*A Sabino.*) ¿Es que pensabas almorzar aquí con éstos?...

SABINO.—¡No, no! ¡Cualquiera piensa nada contigo!...

MARTIN.—¡Ya no quieres que vengamos a tu casa!...

LUCILA.—¿No venís aquí cuando os parece?

ANDRES.—¡Sí; pero ya no quieres acompañarnos!... Con lo que nos divertíamos...

LUCILA.—¡Vosotros...; porque lo que es yo!...

MARTIN.—¿No te divertías?...

LUCILA.—¿De qué? De oíros hablar de si suben o bajan las libras, de si este whisky es mejor que el otro, o de los galgos de vuestros amigos y de alguna galga de vuestras amigas... ¡Sí que sois para divertir a cualquiera!...

MARTIN.—¡Hoy estás de un pesimismo!... ¿Y cuando Andrés contaba cuentos graciosos?...

LUCILA.—¡Muy graciosos!... ¡Si creéis que me hacían maldita la gracia groserías y ordinarieces!...

MARTIN.—¿Oyes esto? ¡Y decía que era ineducable!...

ANDRES.—¡Di de una vez que no quieres que volvamos a parecer por aquí!...

SABINO.—¿Pero vais a hacer eso?... ¡Como si no la conocierais!...

ANDRES.—¡Eso, sí; ya conocemos su geniecito!...

LUCILA.—Eso es lo único que creéis conocer..., mi geniecito... (*A Sabino.*) ¿Qué ocurría? ¿Quieres decirlo?

SABINO.—La cocinera que se despide...

LUCILA.—¡Me alegro tanto!...

SABINO.—¡Pues no encontrarás otra mejor...; que te lo digan éstos!...

ANDRES.—Es una gran cocinera...

MARTIN.—Yo, que tengo deshecho el estómago, lo que se dice deshecho..., aquí me atrevía a comer de todo...

LUCILA.—Y, ¿por qué se despide?... ¡Si puede saberse!...

SABINO.—Ya te lo puedes figurar!... ¡Por que una cocinera como ella, que es una artista, no va a consentir que nadie le dé lecciones ni le discuta lo que compra!...

LUCILA.— Y... ¿es por eso?...

SABINO.—...ni que le pidan guisos de taberna todos los días... ¿Quién comió ayer aquí tortilla de escabeche?...

LUCILA.—Yo, que tenía deseos; yo, que estoy hasta el pelo de los aspics de foagrás, de los volanvans a la financière, de las langostas a la americana y de los soles con salsas de todos los colores, que todo ello será muy bueno para los que tenéis el estómago deshecho, como éste; pero a los que le tenemos enterito no nos hace ningún provecho..., y si tanto te gusta llévatela a tu casa!...

SABINO.—¡De ella la traje por hacerte un favor!...

LUCILA.—Porque tu mujer no podía aguantarla tampoco... y me la endosaste a mí... Pero está visto que ha de ser una la que tenga que cargar con las cocineras y con los maridos inaguantables...

SABINO.—¿Vamos a no decir impertinencias?...

LUCILA.—La impertinencia es no dejarla a una en paz un momento. No puede una tener una hora de tranquilidad, una hora para estar a gusto con quien se quiere...

SABINO.—¡Con quien se quiere!... ¡Que para ti es el último que llega!... El capricho de momento..., el juguete de cada día; para ti las personas son como estos muñecos, como estos juguetes..., ¡caprichos!...

LUCILA.—(*A Carmen.*) ¡Ya lo ves! Qué te decía yo antes; estos son los hombres que dicen que nos quieren y ni saben cómo somos ni les importa saberlo... (*A Sabino.*) ¿Qué sabes tú de mí?... ¿Qué sabes tú de mí?...

SABINO.—Tú sí que no sabes de ti, ni cómo eres... Porque ahora nos ha dado por jugar a las madres de familia... Veremos lo que dura el juego... Tú misma no sabes a lo que juegas... ¿Que quieres a la chiquilla?... Te figuras que la quieres porque quieres al padre... (*Movimiento de Carmen.*) Perdone usted, es que esta mujer le saca a uno de quicio...

LUCILA.—Gracias a que en menos tiempo me conoce mejor que tú... Eso es lo que tú crees... Es natural... Tú no puedes creer otra cosa... Vamos, Carmen, vamos. No quiero contestarle... ¡Qué sabe él!... ¡Qué sabe él!... Pues si esto sólo fuera mi vida ,no valdría la pena vivir... (*Salen Lucila y Carmen.*)

## ESCENA VII

SABINO, MARTIN y ANDRES.

SABINO.—Pero..., ¿quién me manda a mí aguantar todo esto? ¡Yo, que podía vivir tan tranquilo, y siempre así!... ¡Qué mujer!... ¡Lo más opuesto a mi carácter!...

MARTIN.—¡Pero no sabes vivir sin ella!...

SABINO.—Es verdad; no sé vivir sin ella... Es que me he propuesto educarla, pero ya veo que no es posible. Las relaciones con Pepe Tomillar, en aquel ambiente bohemio, de literatos y pintores, han influído en ella para toda la vida...

ANDRES.—Es muy graciosa... A mí me hace muchísima gracia... ¡Es una gatita montés!...

SABINO.—¡O una pantera doméstica!...

MARTIN.—¡Pero tú no consientas que se vaya la cocinera!...

SABINO.—Por supuesto... Es el único atractivo de esta casa... Me costará algún regalo... o aumentarle el sueldo... Es que tiene mucha razón: esto no es casa. Con esa gente que se ha traído..., ¡los porteros!..., y la chiquilla aquí siempre..., y... la madre de la chiquilla...

ANDRES.—Y el padre de la chiquilla, que es lo que a ti te pone en cuidado...

SABINO.—No lo creas... Luci está en plena comedia sentimental; quiere parecer a sus ojos mejor de lo que es... Hay que dejarla..., hasta que la realidad la desengañe y vea claro en su corazón, y ese día...

ANDRES.—¿Deseas que llegue ese día?...

SABINO.—Deseo que llegue algo que, por amor propio, por dignidad, por lo que sea, me ponga en el caso de romper para siempre con ella. Yo he perdido la voluntad, mi "self control", que dicen los ingleses. Necesito algo superior a mi voluntad que se me imponga con violencia...

ANDRES.—No lo creo... Estás en plan de aceptarlo todo...

SABINO.—Es posible... Es que, se diga lo que se diga, la tranquilidad es lo más aburrido. Nadie podría vivir más tranquilo que yo, y ya lo ves: me he propuesto no tener una hora de tranquilidad...

MARTIN.—Pues ya tienes a quién parecerte: al mundo entero, que desde hace algunos años se ha propuesto lo mismo.

## ESCENA VIII

DICHOS. Entran la DONCELLA, FELISA y DOÑA ENGRACIA.

DONCELLA.—Pasen ustedes. Voy a avisar a la señorita... ¡Ah! Creía que no había aquí nadie... La señorita me dijo que pasaran aquí estas señoras...

SABINO.—(*Saludando.*) ¡Señoras!... (*Martín y Andrés saludan también.*)

ENGRACIA.—Beso a ustedes la mano.

SABINO.—Siéntense ustedes... Ya nos vamos... (*A la Doncella.*) Avise usted a la señorita... (*Volviendo a saludar.*) ¡Señoras!...

ENGRACIA.—¡Caballeros!...

SABINO.—(*Al salir, a la Doncella.*) ¿Qué señoras son éstas?

DONCELLA.—No sé decirle al señor... Que yo sepa, no han venido nunca...

SABINO.—Qué visita será ésta... ¡Con esta mujer está uno siempre en vilo!... ¿Trajeron ya el whisky?

DONCELLA.—Sí, señor.

SABINO.—¡Menos mal!... ¡Vamos!... (*Salen Sabino, Martín y Andrés.*)

DONCELLA.—La señorita viene en seguida. Hagan ustedes el favor de tomar asiento.

ENGRACIA.—Muchísimas gracias... (*Sale la Doncella.*)

## ESCENA IX

DOÑA ENGRACIA y FELISA.

ENGRACIA.—Por la mañana y tres hombres en la casa... Ya te decía yo que no debías haber venido...

FELISA.—Tengo curiosidad por saber qué tiene que decirme esta mujer, que ha ido a mi casa con tanta urgencia.

ENGRACIA.—Ya puedes figurarte: que está celosa...

FELISA.—Sería ridículo. En todo caso el que puede estar celoso es uno de estos señores, que será el dueño de esta casa. Yo no le conozco más que de nombre: Sabino Montero. Según mis noticias, es el que paga....

ENGRACIA.—Y como es natural, al que se la pegan...

FELISA.—¿Con Pepe? ¡No lo creo! Pepe ya no puede importarle mucho a esta mujer, que necesita todo esto para vivir...

ENGRACIA.—Sí; la casa está muy bien. Portería de librea, escalera alfombrada, el ascensor cubista y la calefacción muy fuerte. Debe rentar lo menos las setecientas... Y al entrar he visto que salía un criado con dos pequineses de los caros: como el que nos mató un taxi el año pasado, al cruzar la Gran Vía, una tarde de manifestación... No quiero acordarme... También perdí el bolso con doscientas pesetas, con todas las llaves y la fe de viuda que había sacado días antes para cobrar la pensión... ¡Qué trastorno!... ¡No quiero acordarme!...

## ESCENA X

DICHAS y LUCILA.

LUCILA.—(*Saludando.*) Señorita..., señora...

ENGRACIA.—Felisa ha recibido una tarjeta de usted...

LUCILA.—(*A Felisa, por doña Engracia.*) ¿Es su mamá de usted?

ENGRACIA.—Amiga de toda la vida. Mejor dicho, su secretaria particular. No sé si sabrá usted que Felisa es publicista. Tiene publicadas algunas obras y una infinidad de artículos en periódicos y revistas. Cuestiones sociológicas... Es una de nuestras más destacadas feministas...

LUCILA.—Celebro tanto. Más amable en haber venido..., muy amable...

FELISA.—Usted dirá...

LUCILA.—Yo no sé si usted supondrá el motivo de esta entrevista...

FELISA.—La verdad, no adivino...

ENGRACIA.—No podíamos adivinar...

LUCILA.—¿Usted sabe que Pepe es casado?...

FELISA.—¡Pepe!... ¿Algún amigo de usted?

LUCILA.—No se haga usted de nuevas: Pepe Tomillar, el chófer...

FELISA.—¡El chófer!... ¡Ah, sí!, pobre muchacho... Me sirve algunas veces... Es un muchacho muy atento... Creo que ha estado en mejor posición. Y hasta creo que ha sido muy amigo de usted cuando tenía dinero...

LUCILA.—Todo lo amigo y todo el dinero que usted pueda figurarse. Pero cuando yo le conocí no estaba casado, y él y su dinero no debían nada a nadie... Ahora, sí. Ya no es lo mismo... Su mujer sabe que va a su casa de usted... Ha sorprendido cartas...

FELISA.—¿Cartas?... ¿A qué llama usted cartas? A algún aviso que le habré enviado para algún servicio particular...

ENGRACIA.—¡Naturalmente!... ¡No podría ser otra cosa!

LUCILA.—Pues es preciso que se acaben los servicios particulares... ¿Me entiende usted? Pepe tiene una mujer y una hija, y yo me he propuesto que no haya disgustos en aquella casa...

FELISA.—¿En aquella casa o en ésta?...

LUCILA.—¡Es lo mismo! Los disgustos de aquella casa son disgustos en ésta. Entiéndalo usted como quiera. Mejor si cree que es a mí a quien le importa, porque yo no soy una infeliz como la otra pobre, que no sabe más que llorar. De modo que me hace usted el favor de no utilizar más el taxi de Pepe ni mandarle avisos para servicios particulares...

FELISA.—Comprenda usted que yo no puedo contestar a semejantes impertinencias. Si yo hubiera podido sospechar que era esto lo que tenía usted que decirme... ¡Vamos, Engracia!

LUCILA.—Ya le digo a usted que esa mujer y esa niña no vuelven a verter una lágrima por usted..., porque yo no quiero...

ENGRACIA.—¿Es usted de Ejército de Salvación?

LUCILA.—No sé qué es ese ejército. Se lo preguntaré a mi secretario, porque yo también tengo mi secretario particular... ¿Qué se creían ustedes?...

FELISA.—Creo que hemos hablado lo bastante...

LUCILA.—Hablado, sí; porque ya va usted enterada de lo que yo quiero... Ahora que si no quiere usted darse por enterada, a otra entrevista ya será más que conversación...

ENGRACIA.—¡Nosotras no vamos nunca a las plazuelas!...

LUCILA.—Pues yo, cuando me pongo, sé convertir en plazuela hasta el jardín de invierno del Hotel Ritz; para que usted lo sepa...

ENGRACIA.—Haga usted el favor de decir que nos acompañen hasta la puerta.

LUCILA.—Por aquí: un pasillo corto, todo seguido y a la izquierda... El groom estará en la antesala para abrirles a ustedes, y enfrente hay una parada de taxis, y los hay de muy buena facha.

ENGRACIA.—(*Conteniendo a Felisa.*) No desciendas a su nivel, Felisa...

FELISA.—Tiene usted razón...

ENGRACIA.—Ya te decía yo que no debías haber venido...

LUCILA.—Servidora de ustedes... (*Salen Felisa y doña Engracia.*)

## ESCENA XI

LUCILA y JUANIN, que entra muy de prisa.

LUCILA.—Estabas detrás de la puerta, ¿verdad?

JUANIN.—Es que te conozco y tenía miedo no fueras a dar un escándalo en esta casa, donde no llevamos más que dos meses y todavía te saluda la vecindad... ¿Qué le has dicho?...

LUCILA.—Nada. Me he quedado muy corta... No estoy satisfecha... Es que me acordaba de Carmen y de la niña más que de mí, y sin darme cuenta me he puesto en plan de señora... Estoy segura que ahora se va riendo de mí... No; si es que no soy yo..., no me conozco... El es quien me va a oír... A él sí le diré todo lo que no les he dicho a ellas... ¿Dónde has dejado a la niña? Ten mucho cuidado, que no vaya a darse un golpe... ¡Es tan revoltosa!...

JUANIN.—Está con su mamá y con Visitación, que le está contando cuentos...

LUCILA.—Por supuesto, a Pepe no puede gustarle; no es su tipo; no se parece en nada a mí... Es que los hombres... Luego dicen de nosotras... Ellos sí que no saben decir que no... Y, ¡es claro!..., ¡como ahora son ellas las primeras en atreverse, hay más perdidos que perdidas... ¡Ay! ¡Ya está aquí!...

JUANIN.—¿Quién?...

LUCILA.—¿Quién ha de ser? El... Pepe... Déjame con él... ¿No se ha ido Sabino todavía?...

JUANIN.—Está enfrascado con el whisky. ¿Quieres que esté al cuidado por si viene?...

LUCILA.—No me importa. Que venga si quiere. Anda, anda... (*Sale Juanín al mismo tiempo que entra Pepe.*)

## ESCENA XII

LUCILA y PEPE con traje de chófer.

LUCILA.—No te esperaba tan pronto, pero me alegra mucho que hayas venido antes.

PEPE.—(*Por el traje.*) Perdona que venga así. Recibí tu carta en el garaje. Por cierto que no tenía faltas de ortografía.

LUCILA.—Ahora tengo secretario, y aunque la he escrito yo

misma, le he consultado; pero déjate de bromas... ¡Yo estoy muy seria!... He hablado con esa señorita.

PEPE.—¡Vamos! Carmen te ha dicho... ¡Qué tontería!... ¿Y lo has tomado en serio?... Carmen no tiene más defecto que ése..., que es celosilla; pero..., ¿tú crees que a mí me importa de esa señorita?...

LUCILA.—La llamaremos así interinamente.

PEPE.—¡Es una señorita!...

LUCILA.—Sí; ya sé que no es una profesional. No es más que aficionada. Y si no te importa, como dices, peor todavía..., porque entonces no tiene disculpa...

PEPE.—Pero tú crees...

LUCILA.—No creo; lo sé, lo sé... Has faltado a tu casa muchas noches... Y tu hija ve llorar a su madre y llora también, sin saber por qué llora la pobre criatura... Eso es lo que debes pensar... ¡No sabes la tristeza que dejan esas lágrimas para toda la vida!... Tu hija, aunque es hoy muy pequeña, se acordará siempre de ellas... y no podrá quererte... Yo también me acuerdo todavía de muchas lágrimas como ésas... En mi casa era más triste todavía... ¡Era mi padre el que lloraba!... ¡Hasta que mi madre nos dejó un día!... No, Pepe, que tu hija no tenga que acordarse de ti para nada malo; si tú eres bueno, yo sé que eres bueno... ¿Qué te cuesta sacrificar?... ¡Valiente sacrificio!... Un capricho, una vanidad de hombre... ¿No vas a decirme que estás enamorado? Ya no eres un chiquillo, ni es para volver loco a nadie, una minutisa, una cursi de estas que se creen muy modernas porque se atreven a todo, que no hay nada más antiguo... ¡Hasta que se atrevan estas señoritas de ahora a lo que se atrevían muchas señoras de la antigüedad!... Lo he leído yo en novelas.

PEPE.—¿Para qué has hablado tú con esa señorita?...

LUCILA.—Porque no quiero ver triste a Carmen, ni preocupada siquiera..., y ahora mismo, pero ahora mismo, vas a poner una carta a esa señorita con lo que yo voy a decirte...

PEPE.—¡Vamos! Te ha entrado la manía epistolar... ¿Pero no comprendes que es ridículo todo esto? ¡Ni que yo fuera una criatura! ¿Qué quieres que te diga? ¿Que eso se acabó? Pues se acabó. ¡Basta que tú lo quieras!

LUCILA.—¿De verdad, de verdad?

PEPE.—Pero vas a decirme una cosa. ¿Sólo te importaba por Carmen?

LUCILA.—(*Separándose.*) ¡Bah! ¡Por Carmen y por tu hija! ¡Por tu hija más que nada! ¡Quiero que seas formal, que seas bueno!...

PEPE.—(*Acercándose.*) ¿Muy formal?... ¿Muy bueno?...

LUCILA.—¿Pero qué quieres decir?... ¡No me mires así!... ¡No quiero que me mires así!...

PEPE.—¿Es que ya no me quieres?

LUCILA.—Puede que te quiera más que nunca.

PEPE.—Entonces...

LUCILA.—Pero así, no... Así, no... ¡Déjame!... ¡Qué brutos sois los hombres!... ¿Es que tú también vas a creer?... ¡No, no!... ¿Pero es que yo no puedo ser como quiero ser? ¡Para mí, aunque no sea más que para mí! (*Llamando.*) ¡Carmen, Carmelina!...

PEPE.—¿Están ahí?

LUCILA.—¡Claro que están ahí! ¡Déjame, déjame!...

PEPE.—¡Si me quieres como yo te quiero!...

LUCILA.—Y si lo sabes, si lo crees, ¿por qué me atormentas? ¿Por qué he de ser yo la más fuerte? ¡Tú eres hombres! ¿Y soy yo la que he de pensar en tu mujer y en tu hija?... ¡Déjame, déjame... sola..., con ellas..., sola con ellas!...

PEPE.—¡Mi Luci!...

LUCILA.—¡Vete, vete... o!... (*Le da un beso.*) Ya lo sabes... ¿Te irás ahora?...

PEPE.—Ahora, sí. (*Sale.*)

## ESCENA XIII

LUCILA, CARMEN, JUANIN, CARMELINA, VISITACION y FULGENCIO.

CARMEN.—¿Nos llamabas?... ¿Qué te pasa?... ¡Has llorado!

LUCILA.—Sí; he hablado con Pepe... Ha estado aquí. Le he dicho todo lo que tenía que decirle... ¡A ése sí se lo he dicho todo!... ¡Eso se acabó..., se acabó... ¡Ya puedes estar tranquila!... ¡Se acabó para siempre!...

CARMEN.—¡Cuando tú lo aseguras!... ¡Qué buena eres!

JUANIN.—¡Está de non en el mundo!...

LUCILA.—Ven aquí, Carmelina mía... ¡Mi gloria!...

CARMELINA.—Visitación me ha contado un cuento...

LUCILA.—Muy precioso, ¿verdad? De princesas, de hadas... ¡Cuentos, cuentos!... Que no sepas nunca lo que es la vida... No quieras nunca a ningún hombre... ¡A ninguno!... ¡Ni a tu padre!...

CARMEN.—¡Lucila!...

LUCILA.—Bueno; a tu padre, sí. Quiérelo un poco; pero menos que a tu mamá; a tu mamá primero que a nadie, y..., después..., a mí..., y a nadie más...

CARMELINA.—¿A Juanín no?

JUANIN.—¡Qué rica!

LUCILA.—A Juanín también.

VISITACION.—¿También a mí me quieres, verdad?

FULGENCIO.—¿Y a mí un poco también, aunque sea un hombre?

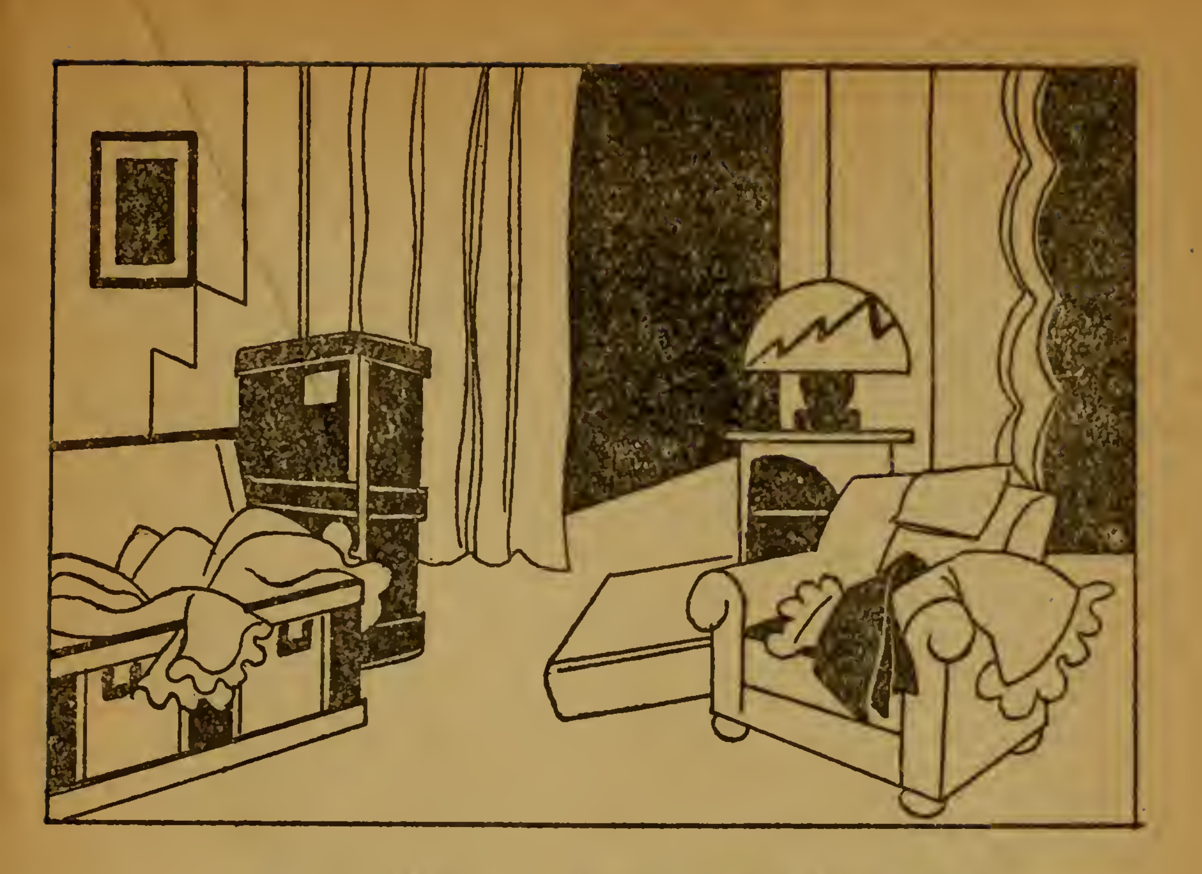
LUCILA.—Usted está ya en una edad en que el ser hombre no tiene importancia...

FULGENCIO.—Visitación..., que yo no puedo contestar...

LUCILA.—¡Son muy malos los hombres! ¡Muy malos! ¡No me mires así, que esto no es cuento; esto es la realidad!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO





# ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. La habitación en el mayor desorden. Tres o cuatro baúles y maletas de viaje. Ropas de toda clase por todas partes.

## ESCENA PRIMERA

JUANIN arreglando los baúles. CARMEN y CARMELINA.

JUANIN.—Siéntese usted donde pueda. ¡Esto no es casa!... Con los preparativos de viaje... ¡Y eso que este año la señorita no quiere llevar más que lo precisito!... ¡Para un pueblecillo de nada!... Pero está contentísima sólo con llevarse a la niña y a usted y pensar lo bien que las va a probar aquello.

CARMEN.—¡Yo no sé cómo agradecérselo!... Pero temo que se va a aburrir mucho!... ¡Ella!... Acostumbrada a pasar el verano en Biarritz o en Deauville...

JUANIN.—No lo crea usted... A esos sitios, como dice ella, se va para que se diviertan los demás... ¡Si ella no ha nacido para eso! ¡Hay que conocerla! (*A Carmelina.*) Ya verás, rica, ya verás qué verano vamos a pasar. ¿Tú no has visto nunca el mar? ¡Muy grande..., muy grande...; mucha agua... y unas olas...! Y en la

playa muchos caracoles y conchas. Y la gente de máscara... Todos de titiriteros...

Carmelina.—Mamaíta Luci me ha comprado un baúl muy bonito, azul, y otro para las muñecas. ¿Van a venir también los perritos?

Juanín.—Los perritos, no. Los perritos ya no están en casa. (*A Carmen.*) ¿No sabe usted? Estamos en crisis. Ayer se despidieron la cocinera—la jefa—, la pincha, la doncella, el mozo de comedor, el groom, y la señorita regaló los pequineses a la señora del segundo, que no tiene hijos, es dos veces viuda y está sola en el mundo. De modo que los pequineses estarán como ella ¡en la gloria!

Carmen.—¿Qué me dices? ¿Todo el servicio despedido? ¿Cómo vais a arreglaros?

Juanín.—Mejor que nunca. Con Visitación, el señor Fulgencio y yo. También en la gloria. Con decirle a usted que don Sabino y sus amigotes almuerzan hoy aquí... Y Visitación ha sido la cocinera. Fulgencio hace de mozo de comedor. No quiera usted saber cómo se ha vestido... De frac y con una cadena como de llavero al cuello. Dice que lo ha visto así en la embajada china. Y Visitación... Aquí la tiene usted...

## ESCENA II

Dichos y entra Visitacion toda vestida de blanco, con un gorro blanco también.

Carmelina.—(*Asustada.*) ¡Mamá, mamá!

Juanín.—¡No te asustes, rica! Es que parece usted un fantasma... o una enfermera... Y ninguna de las dos cosas es muy agradable... Si es Visitación..., ¿no la conoces?

Carmelina.—¡Me da mucho miedo!

Visitacion.—Sí, rica, si soy yo. Me he puesto así para que vean esos señores que a pulcritud no me gana nadie... Ya han concluído de almorzar. Me ha dicho Fulgencio que les ha gustado muchísimo...

Juanín.—¡Menos mal!

Visitacion.—Del arroz han repetido todos. Y con las natillas se han chupado los dedos... Vamos, al decir..., claro que no materialmente. Como que de las dos fuentes no ha vuelto nada a la cocina. Además creo que se han reído con Fulgencio los imposibles.

Juanín.—¡Menos mal si lo han tomado así! (*A Carmen.*) Con decirle a usted que no han bebido más que Valdepeñas...

Visitacion.—¡Como que con el arroz no pega otra cosa!

JUANIN.—La señorita será la que más se habrá divertido... Y si don Sabino se ha enfadado..., muchísimo más.

VISITACION.—Si creo que se ha reído mucho también y le ha parecido muy bien todo. Fulgencio dice que están contentísimos, que otro día quieren que les ponga un cocido y otro día unas albondiguillas...

JUANIN.—¡Lo que es la novedad!

## ESCENA III

DICHOS y FULGENCIO vestido de frac, con una cadena de anillas colgada al cuello y guantes blancos.

FULGENCIO.—A los pies de usted, señorita Carmen... ¡Carmelina, preciosa!...

CARMELINA.—¿Qué llevas ahí colgado?

JUANIN.—¡De usted no se asusta!

FULGENCIO.—El gran collar de la orden del Morapio. (*A Visitación.*) Hemos tenido un lleno... Ese don Martín, que se trae consigo una farmacia entera entre frascos y cajas de píldoras para tomar entre plato y plato, dice que en su vida ha comido más a gusto. Y el otro más pollete, don Andrés creo que se llama, que dice que es madrileño, pero no sé dónde se habrá criado..., creía que las natillas eran mayonesa en dulce... ¡Lo que se ha reído la señorita!... ¡Mira tú que no saber lo que son natillas! ¡Qué falta de españolismo! ¡Con eso no puedo!

JUANIN.—Y del atavío de usted, ¿qué han dicho?

FULGENCIO.—No sé qué podían decir. El frac se lo he pedido prestado al mozo de comedor del señor marqués, que tiene mi mismo cuerpo... Y la cadena me la he agenciado en casa del Valenciano, que ahora tiene de todas estas cosas del antiguo régimen. Para qué voy a contar, sólo de uniformes... un saldo...

JUANIN.—Lo principal es que no haya habido ningún disgusto con el señor. Nunca lo hubiera creído...

FULGENCIO.—En lo único que parece que no hay conformidad es en lo del veraneo...

JUANIN.—¡Ya me lo figuraba yo!

CARMEN.—¡Lo ves! ¿Qué te decía yo? Lucila sólo ha pensado en mi hija, en nosotras. Pero ella va a ser la primera en aburrirse...

JUANIN.—No lo crea usted.

CARMEN.—¡Y don Sabino va a disgustarse!

JUANIN.—Que eche cuentas... ¡Ya verá lo que le cuesta de menos el veraneo este año!... ¡Con lo que pagábamos de hotel entre Biarritz y Deauville!...

FULGENCIO.—Anoche estuvimos hasta las dos de la mañana la señorita y yo haciendo el presupuesto para el ejercicio del 31 al 32. Lo menos economizamos treinta mil pesetas entre unas cosas y otras.

JUANIN.—La señorita está en plan de economías...

FULGENCIO.—Le ha asustado mucho lo de Inglaterra. Es para asustar.

JUANIN.—La señorita piensa ahora mucho en el día de mañana. ¡Y yo bien sé que no es sólo por ella!...

CARMEN.—¿Crees que es por mi hija?

JUANIN.—¡Ya lo creo! Es toda su ilusión... ¡Ya puede usted decir que la quiere!...

CARMEN.—Tengo que decir que Lucila es muy buena...

JUANIN.—Yo nunca he podido decir otra cosa... Para mí ha sido todo: madre, hermana... ¡Y siempre igual!... Hasta cuando nos hemos peleado ha sido por cariño... Ha sonado el gong...

FULGENCIO.—En castellano se dice batintín; gong es en chino.

JUANIN.—¿Batintín? No lo había oído en mi vida. Vaya usted. Querrá algo la señorita...

FULGENCIO.—Whisky y soda. Esos señores tienen la sobremesa inglesa. Vamos a ver... (*Al salir Fulgencio entra Lucila.*) ¿Había llamado la señorita?

LUCILA.—No es a usted. Esos señores quieren felicitar a Visitación...

VISITACION.—¿A mí?... ¡Por Dios, señorita!...

LUCILA.—¡Vaya usted, vaya usted!... Todo ha estado muy bien... Están encantados... El arroz era un primor y las natillas deliciosas... Vaya usted...

VISITACION.—¿No será que esos señores quieren reírse de mí?

FULGENCIO.—No, mujer. Puedes salir a escena. Yo te acompaño. A ver si yo, que nunca he tenido celos de la esposa, voy a tenerlos ahora de la cocinera... Porque estos señores dados a comer bien son capaces de todo por tener quien les guise a su gusto...

VISITACION.—¿Pero voy a presentarme así?

FULGENCIO.—Naturalmente. Es tu traje de luces. Vamos.

## ESCENA IV

LUCILA, CARMEN, JUANIN y CARMELINA.

JUANIN.—Van los dos que no se cambian por nadie.

LUCILA.—¿Cómo te va, Carmen? ¿Cómo te va?... (*A Carmelina.*) ¿Qué dices tú, mi gloria? ¡Ya nos queda poco de estar en Madrid! ¡Qué ganas tengo de marcharme este año!... Estaremos

muy bien... El sitio es precioso... Muy cómodo; con un gran jardín..., casi un bosque..., y hay palomas... y gallinas... (*A Carmelina.*) ¡Ya verás, ya verás qué bien lo pasaremos!... ¡Lo que no quisiera es engordar!... Es un peligro que venga Visitación de cocinera, porque yo no sé contenerme...

CARMEN.—Ahora parece que no se cuida tanto la línea...

LUCILA.—¿Estás contenta con nuestro veraneo?...

CARMEN.—¡Figúrate! ¡Aunque no sea más que por mi hija!... ¡Le sentará tan bien!... Lo único que siento es separarme de Pepe...

LUCILA.—¿Por miedo? No tengas cuidado.

CARMEN.—No; cuidado, no. Estoy muy satisfecha. Ya no sale de casa por las noches. Como él sólo trabaja de día se entretiene, ¿en qué dirás?, en recortar muñecos para la niña y en armar construcciones. ¡Está más cariñoso que nunca!...

LUCILA.—Sí, él siempre ha sido muy apegado a la casa y..., ¡perdona!, sin querer..., se recuerda... ¡Verdad que otra cosa sería una hipocresía! Lo sabes todo. ¡Agua pasada!... No te importa, ¿verdad? No dudes de mí nunca... Con franqueza..., ¿se te ha ocurrido alguna vez pensar que yo pudiera querer todavía a Pepe como le he querido?...

CARMEN.—Sí; lo he pensado... Pero tengo tanta fe en ti... ¡Qué sé yo!... ¡Me parecería imposible!... No será porque mucha gente con mala intención no venga a decírmelo... ¡Tengo unas primitas!... Cada vez que ven a mi hija con un vestido nuevo, con cualquiera de tus regalos, ya están con indirectas... Y ahora, con el viaje..., ¡no quieras saber!...

LUCILA.—¿Qué se figuran, que te llevo conmigo para dejarte allí separada de tu marido y volver yo con él? ¿O que te llevo para eso, para tenerte separada de él? La verdad: si tú creyeras posible una traición de mi parte..., ¿qué pensarías?...

CARMEN.—¡Sería el desengaño más triste de mi vida!...

LUCILA.—¿Verdad? Pues figúrate lo que sería para mí... Más triste todavía. Porque más triste que no creer en los demás es no creer en uno mismo. Pero..., ¡qué tontas somos! ¡Para qué pensar en nada de eso!... No es posible, y ¡basta! No hay que pensar en ello. (*A Carmelina.*) ¿Tienes ya hecho tu equipaje en tu baulito mono y el de las muñecas?

CARMEN.—No piensa en otra cosa. Cuenta los días que faltan, las horas... Es un modo de aprender a contar sin sentir... Lo mismo ha aprendido las horas en el reloj, contándolas para saber cuándo vuelve a casa su padre...

LUCILA.—Y lo mismo aprenderá ahora a leer, para leer las cartas que le escriba su papaíto...

CARMEN.—¡Eso ya es más difícil!...

LUCILA.—Pues colegios y maestras... Hasta que no sea muy mayor..., ¿verdad, rica? Ya aprenderás cuando seas grande. Yo quiero que aprendas de todo: a tocar el piano..., francés, inglés...

CARMELINA.—La primita Julia dice que contigo voy a aprender muchas cosas...

LUCILA.—¿Te ha dicho eso?...

CARMEN.—¡Niña!... No hagas caso...

LUCILA.—No; si para eso son las primas. Ya me lo habías dicho. Pues dile de mi parte a la primita Julia que puede que con ella... (*Conteniéndose.*) No digas nada, que sin querer iba a dar la razón a la prima Julia... (*A Carmen.*) Si supieras; tengo unos proyectos... Ante todo es preciso que Pepe encuentre una colocación. El es muy inteligente. ¡Sirve para algo más que para chófer!...

CARMEN.—Pepe no tiene carácter para molestar a nadie, para pedir nada.

LUCILA.—Ya lo sé. Por no pedir favores consintió en arruinarse. Con protección hubiera podido recuperar su dinero en poco tiempo. Pero ahora no es lo mismo. Ya debe pensar de otra manera. Tiene buenas amistades...

CARMEN.—Que ha dejado perder por...

LUCILA.—Sí; por orgullo. Siempre ha sido muy orgulloso. Algunos disgustos hemos... Perdona... ¡A cada paso..., sin querer..., se recuerda!

CARMEN.—¿Cómo no recordar?... Te dejo. ¿Mandas algo? ¿Puedo servirte en algo? Algún encargo, alguna compra...

LUCILA.—No; muchas gracias. Ya lo tengo todo dispuesto. ¿Verdad, Juanín? Gracias a Dios este año llevamos muy poco equipaje...

JUANIN.—Cinco baúles, cuatro maletas, dos sacos de mano y unas diez o doce cajitas sueltas con menudencias.

LUCILA.—Hasta luego, ¿verdad?... ¿Vendrás esta tarde? Estaré sola...

CARMEN.—Hasta luego.

LUCILA.—(*A Carmelina.*) ¡Adiós, mi vida!

CARMEN.—Di: hasta luego, mamita Luci.

CARMELINA.—Hasta luego, mamita Luci.

JUANIN.—Adiós, rica.

CARMELINA.—Hasta luego. (*Salen Carmen y Carmelina. Lucila las acompaña y vuelve a poco y se sienta muy pensativa.*)

## ESCENA V

LUCILA y JUANIN.

JUANIN.—¿Qué te pasa? ¿Te has quedado pensativa? ¡Estabas tan contenta!...

LUCILA.—¡Tengo tantas cosas en que pensar!... ¡Son los años, Juanín! ¡Es la vida!... ¡Yo que he vivido siempre sin pensar en el día de mañana... y ahora ya no veo las cosas de la misma manera!... ¡Pensar que vive una en el aire!... Sin ninguna seguridad... ni para una, ni para los que una quiere... Tengo que hablar con Sabino muy seriamente... Anoche estuve haciendo cuentas con el señor Fulgencio. Necesito ahorrar al año treinta mil pesetas; de treinta mil a cuarenta mil. Pero vamos a tener un disgusto...

JUANIN.—No creo que a él le parezca mal que ahorres ese dinero...

LUCILA.—Es que el ahorro es para mí. A él voy a proponerle capitalizarlo...

JUANIN.—¡Qué términos!... ¡Capitalizarlo!... No sé qué es eso; no sé qué me da oírte... Empiezo a asustarme...

LUCILA.—Ya lo entenderás... En sustancia: que necesito que Sabino me asegure la vida.

JUANIN.—¡Cualquiera asegura nada en estos tiempos! ¡Y la vida!... ¡Ahí es nada!...

LUCILA.—Yo no puedo estar pendiente de que por cualquier disgusto, cualquier tontería, o porque él se canse de mí o yo de él, encontrarme de la noche a la mañana con el día y la noche, como suele decirse...

JUANIN.—Eso es verdad.

LUCILA.—Hay que pensar en la vejez. La vejez es muy triste sin dinero. Y teniendo cavilaciones se envejece muy pronto. Ayer me pareció verme una cana. Hoy no la he encontrado. Haz el favor de mirar... Por aquí era...

JUANIN.—No veo nada. Sería un efecto de luz...

LUCILA.—Y estoy muy aprensiva... Duermo muy mal. Tengo palpitaciones...

JUANIN.—En cuanto salgamos de Madrid se te pasará todo.

LUCILA.—Esa es otra. Sabino no está conforme con mi plan de veraneo. Se empeña en que he de ir a Biarritz, como todos los años...

JUANIN.—Puedes ir después... Allá, para septiembre. También tú tienes derecho a unas vacaciones...

LUCILA.—Es que está como un chico: envidioso de que yo quiera tanto a la niña...

JUANIN.—¿Envidioso de la niña? No. Celoso de que la niña sea hija de su padre...

LUCILA.—Eso sería bueno si el padre viniera con su hija y conmigo. Pero si se queda aquí el pobre, en su trabajo.

JUANIN.—Es que eso también puede ser un motivo para estar celoso. El ver cómo le separas de su mujer.

LUCILA.—No, no, no. ¡Qué más quisiera yo que él viniera también!, pero él no quiere dejar su ocupación. Por su hija y por su mujer lo acepta todo de mí; para él no quiere aceptar nada... ¿Es que todos vais a pensar lo mismo? ¿Que él es quien me importa? ¡Yo te aseguro que es por su hija, por su hija..., que la quiero mucho, que la quiero mucho!... Mira: pienso unas cosas... Hay veces que me figuro que la madre no existe y que la verdadera madre soy yo... Y otras, ¡qué disparate!... Que es Pepe el que no existe... y que Pepe soy yo... Y pienso como podía pensar un padre..., muy en hombre, muy en serio..., y acabo por reírme yo misma unas veces, y otras por llorar, y siempre por desesperarme...

JUANIN.—Es natural. ¡Y por no saber quién eres y lo que eres!... ¡Con esa devanadera de si la madre, de si el padre, de si tú eres Carmen y si Pepe eres tú!... ¡Todo por no querer ver claro!... Que tú eres siempre tú y que Pepe será siempre el único hombre que tú has querido... Y lo que no sea ver eso es andar por las nubes y volverse loca...

LUCILA.—Pero eso es lo que no puede ser... Yo no quiero ser la mujer más despreciable para mí; para mí, ¿entiendes? Para los demás me importaría poco. Ya ves: había de ser sin que lo supiera nadie, ni su mujer, ni tú, ni Sabino, por supuesto; nadie, nadie, con saberlo yo me bastaría. Sería yo la que tendría que castigarme... No, no, no. ¡Y le quiero, le quiero, es verdad! Y él me quiere, me quiere más que nunca, porque al cariño se junta la vanidad de hombre y el despecho y los celos. ¡Me quiere como nunca, y yo a él! Pero ahí está: en poner el corazón sobre todo eso; en ser fuerte; en ser más mujer que hombre pueda ser el más hombre, para poder más que todo el deseo y que todo el cariño. Pero me lo he jurado a mí misma, por muchas cosas santas, que delante de esa criatura, y delante de esa mujer, que creen en mí como no ha creído nadie, yo no tendré que avergonzarme nunca... No quiero tener que avergonzarme...; ya lo sabes... ¿Quién es?

## ESCENA VI

DICHOS y FULGENCIO, vestido con una gran bata.

FULGENCIO.—Con permiso...

JUANIN.—Pase, señor Fulgencio... Es usted un transformista.

FULGENCIO.—La pluralidad de cargos... Pero más que por nada me he despojado del frac no fuera cosa de que se deteriorase... ¡Como no es de mi propiedad!... ¡Con las cosas que no son de uno hay que tener más cuidado que con las propias!...

LUCILA.—¡Qué sentencia ha dicho usted, señor Fulgencio!

FULGENCIO.—¡No lo dije como sentencia!...

LUCILA.—Cuando se tiene una idea fija todo viene a parar a lo que se piensa.

FULGENCIO.—Esta bata que ven ustedes, de muletón del mejor, me la regaló el señor marqués para que me abrigase en la convalecencia, cuando tuve la pulmonía doble que me puso a la muerte. También le sirvió luego a Visitación cuando estuvo con la gripe, que paró en una neurastenia que la duró más de un año...

LUCILA.—Pues sí que la bata... ¡Supongo que la habrá usted desinfectado!...

FULGENCIO.—No tenga usted miedo, señorita... Tengo que comunicarle a la señorita que al felicitar a Visitación el señor don Sabino le ha entregado un billetito de veinte duros. Yo no quería de ningún modo que lo aceptara, pero don Sabino ha insistido de un modo que hubiera parecido descortesía no admitir el regalo. Yo quiero que la señorita lo sepa y me diga si por nuestra parte hemos o no procedido en consonancia con la señorita...

LUCILA.—Muy bien, Fulgencio, muy bien. Visitación se lo merece todo. El almuerzo les ha parecido muy bien, y no sabe usted lo que me importa que el señor esté contento...

FULGENCIO.—Ya ha visto la señorita lo que se ha reído conmigo... Pero no creo que he servido tan mal...

LUCILA.—Nada de eso... Con gran estilo..., como dice Sabino...

FULGENCIO.—Yo fuí mozo de comedor en mis mocedades en muy buenas casas y en la Embajada de China, ya hace años, cuando los chinos llevaban coleta. Por cierto que no sé si sabrá la señorita que la coleta era postiza. Yo siempre había creído que era de su propio pelo. De modo que en este caso puede decirse que fué a mí a quien engañaron como a un chino...

LUCILA.—Oiga usted, Fulgencio, ya que está usted vestido de

secretario... ¿Está usted seguro de que anoche no nos equivocamos en las cuentas?

FULGENCIO.—No, señorita. Hasta las tantas me estuve comprobándolas.

LUCILA.—Usted que sabe de todo, Fulgencio...

FULGENCIO.—Por Dios, señorita... ¡Qué más quisiera yo!

LUCILA.—Si usted tuviera un capitalito en dinero...

FULGENCIO.—¡Qué más quisiera yo también, señorita!

LUCILA.—¿En qué lo emplearía usted que estuviera más seguro?...

FULGENCIO.—Yo no sabré decir a la señorita... Yo no soy ningún Morgan, con permiso de la señorita... Pero, salvo mejor opinión de la señorita, yo creo que como seguridad y estabilidad no hay nade como una buena finca... Y no vea la señorita en esta apreciación mía especial interés como portero presunto...

LUCILA.—¿Una finca? Pero si dicen que muy pronto no va a pagar nadie los alquileres.

FULGENCIO.—No lo crea la señorita... Los alquileres son inamovibles... Las fincas sreán de unos o de otros, yo no digo otra cosa; pero, sean de quien sean, se pagarán los alquileres. ¡No le quepa a usted duda!... ¡Los alquileres y la cédula son de todos los tiempos!...

LUCILA.—Usted se encargará de cobrarlos...

FULGENCIO.—Confianza que me dispensa la señorita... Estoy muy acostumbrado...

LUCILA.—Por supuesto, cuente usted con la portería. Sin librea, porque no están los tiempos para libreas.

FULGENCIO.—Mi terno oscuro con corbata negra. Una cosa seria y decente. Eso es. Visitación su traje negro, con su buena manteleta. Todo de buen tono, pero sin llamar la atención. Ya sabe uno... Si la señorita no manda otra cosa... Con permiso de la señorita voy en un momento a devolver el frac al amigo que me lo ha prestado.

LUCILA.—¿Me hace usted el favor de traerme las apuntaciones que hicimos anoche?...

FULGENCIO.—Al punto, señorita... (*Sale Fulgencio.*)

## ESCENA VII

LUCILA y JUANIN.

LUCILA.—¿Quieres ver si Sabino está en el comedor todavía y decirle que no se vaya sin verme?

JUANIN.—Nunca se va sin despedirse cuando no estáis peleados...

LUCILA.—Es que con lo del veraneo..., no sé... Avísale..., por si acaso...

JUANIN.—Como quieras... Estarán en lo mejor del whisky soda. Yo no sé cómo les gusta ese caldo de aceitunas... (*Sale Juanín. Lucila queda sola unos momentos y entra Fulgencio con unos papeles.*)

FULGENCIO.—Aquí tiene la señorita las cuentas por años: el total en cinco años. Lo previsto y lo imprevisto, que es lo más importante.

LUCILA.—Muchas gracias, Fulgencio. Le admiro a usted. A mí me marean los números...

FULGENCIO.—Lo que tienen los números es que así, en el papel, ilusionan, se hace con ellos lo que se quiere. En efectivo ya es otra cosa. De ahí los déficit y los desniveles...

LUCILA.—Sería usted un gran ministro de Hacienda...

FULGENCIO.—De menos los hace Dios, señorita... ¿Manda algo más la señorita?

LUCILA.—Nada, Fulgencio.

FULGENCIO.—Con permiso de la señorita... (*Sale Fulgencio y Lucila se queda sola unos momentos.*)

## ESCENA VIII

LUCILA, JUANIN, SABINO, MARTIN y ANDRES.

SABINO.—Martín y Andrés se despiden.

MARTIN.—Delicioso el almuerzo.

LUCILA.—¿Os ha parecido bien?

MARTIN.—Me ha recordado otros almuerzos... ¿Os acordáis en casa de Pacita? La madre era una gran cocinera. ¡Famosa doña Jacobita! Echaba las cartas, era espiritista y levantaba muertos hasta en el tute. ¡Famosa!...

ANDRES.—¿En el horror de los preparativos para el veraneo? ¿Cuándo os vais?

LUCILA.—No sé todavía... Depende... A Sabino le veo disgustado...

SABINO.—¡Naturalmente!... Qué capricho meterse en un poblado de mala muerte...

LUCILA.—No te incomodes; no quiero verte enfadado. ¡Para un día que te he visto contento!... ¡Ya verás cómo se arregla todo!... ¡Ya sabes que yo soy muy conciliadora!... ¡Con tal de que me concedas todo lo que voy a pedirte!...

SABINO.—¡Vamos, es día de peticiones!...

MARTIN.—Entonces estorbamos...

LUCILA.—De ningún modo. A ti también tengo que pedirte algo.

A Sabino, como nunca se ha metido en política, no se le puede hablar de esto. Pero tú estás muy bien relacionado con esta gente de ahora...

MARTIN.—Con algunos. Como son tantos, no es posible estar bien con todos.

LUCILA.—Se trata de Pepe Tomillar. Yo quisiera encontrarle un destino. Claro que mejor sería un destino particular, pero todo el mundo está en plan de economías. Es muy difícil. Así es que si fuera posible un cargo oficial: un Gobierno civil, por ejemplo... Ahora dicen que no es difícil...

MARTIN.—Pero eso es para cuatro días... ¡Entre una huelga y otra!...

LUCILA.—Pues no lo eches en olvido lo que sea... Ya ves: un muchacho como él, inteligente, educado...

ANDRES.—(*A Sabino.*) Tú vas a Biarritz, como siempre...

SABINO.—Claro que sí...

ANDRES.—¿Y tu mujer?...

SABINO.—Primero unos días a la finca, si tenemos finca todavía; después a Vittel, y después a Biarritz. Como siempre... ¿Te veremos por allí?...

ANDRES.—No sé..., no sé... Ya sabes cómo ando...

SABINO.—Como andamos todos...

ANDRES.—No compares. Tú has sabido prevenirte... Tienes fondos en el extranjero...

SABINO.—Los he tenido siempre. No vayas a creer que yo he sido de los de última hora...

MARTIN.—(*A Lucila.*) Haré todo lo posible. Aun nos veremos, ¿verdad?

LUCILA.—Por supuesto. Antes de irnos vendréis un día a comer el cocido, ¿hace?

MARTIN.—Por mí...

ANDRES.—Encantado. Hasta la vista, Lucila. (*A Sabino.*) ¿Esta noche pasarás por el Casino?

SABINO.—Sí; hasta luego. (*Salen Martín y Andrés.*)

## ESCENA IX

LUCILA, JUANIN y SABINO.

LUCILA.—Luego acabarás de arreglar los baúles...

JUANIN.—No falta nada. Ya puedo cerrarlos.

LUCILA.—No; deja hasta última hora. Ya sabes que siempre se olvida algo...

JUANIN.—Eso sí... Voy yo también a arreglar mi equipaje... (*Sale.*)

## ESCENA X

LUCILA y SABINO.

LUCILA.—(*Jugueteando con los papeles que le ha traído Fulgencio.*) Siéntate; no tienes mucha prisa.

SABINO.—Ninguna.

LUCILA.—Ya habrás visto que se puede comer bien sin necesidad de una gran cocinera, que además de ser insoportable te roba los imposibles... ¿No has almorzado bien?

SABINO.—No ha estado mal. Cocina española. Un día, por broma, no digo; pero por sistema... ¿Es que piensas que Visitación se quede de cocinera a perpetuidad? Y el marido de "maître", hecho un mamarracho...

LUCILA.—¡Vaya, yo que no pienso más que en hacer economías! Anoche estuve haciendo números..., cuentas... Puedo ahorrarte al año... Aquí está: tres mil pesetas.

SABINO.—No es mucho.

LUCILA.—No; calla. ¡Qué disparate! ¡Ya decía yo! ¡Treinta mil, treinta mil pesetas! Me había comido un cero.

SABINO.—¡Treinta mil pesetas!

LUCILA.—Que en cinco años son... Ahora no me equivoco. Son ciento cincuenta mil pesetas. ¡Qué atrocidad; ciento cincuenta mil pesetas! ¡Parece mentira que se pueda ahorrar tanto en cinco años! ¡Me propongo llegar a las doscientas mil! Y lo conseguiré. ¡Ya lo creo! El ahorro envicia más que el gastar. ¡Es tan bonito!

SABINO.—Bueno, ¿adónde vamos a parar con todo eso?

LUCILA.—¿No lo agradeces todavía? ¡Doscientas mil pesetas! Suprimido el automóvil...

SABINO.—¿Qué automóvil? Si no has querido nunca tenerlo.

LUCILA.—Pero tú estabas empeñado en comprármelo y yo sé que al fin me lo hubieras comprado. Pues no lo compras. El auto iba a ser de los caros..., ¿no es eso? Ahí tienes ya una economía de veinte a treinta mil pesetas, por lo menos... Las cuentas claras. ¡No, si va a resultar que te ahorro más todavía!... También renuncio al abrigo de nutria que dejamos apalabrado en Revillon el año pasado. No lo quiero. Tengo el de chinchilla, el de topo, la capa de armiño... Son muchas pieles. Se lo compras a tu mujer. Yo no soy envidosa. Me gusta más ver a las demás mujeres bien vestidas que vestirme yo. Es más barato y más cómodo. Le das esa sorpresa a tu mujer...

SABINO.—Te agradecería que no hablásemos de mi mujer.

LUCILA.—¡Qué tiene de particular!

SABINO.—¡No es de buen gusto!...

LUCILA.—¡Si no se habla de todo en el seno de la confianza!... Total, que con esas doscientas mil pesetas que te ahorro y unas cien mil que pongas de tu bolsillo...

SABINO.—¡Ah! ¿Tengo yo que poner de mi bolsillo cien mil pesetas?

LUCILA.—Para que hagan las trescientas...

SABINO.—¿Trescientas pesetas?

LUCILA.—Trescientas mil. No te hagas el desentendido. ¡Como si no supieras de sobra adónde voy a parar con todo esto!... ¡Ya es hora de tener juicio!...

SABINO.—Pero es un juicio que voy a perder con costas...

LUCILA.—No te hagas el tacaño..., porque tu mejor cualidad es la esplendidez, y todo ello no es nada para ti... ¡Yo soy la que se sacrifica, la que se resigna a vivir con economía!... Por lo pronto dejaré este piso, que es demasiado caro...

SABINO.—¡Otra mudanza! ¡Por Dios, mujer!...

LUCILA.—Me iré a vivir a un pisito de mi casa: el más modesto. Porque lo que yo quiero es que la casa rente lo más posible...

SABINO.—¿Pero qué casa es ésa de que no tengo noticias?

LUCILA.—La que vas a comprarme, a poner a mi nombre, con los ahorros de estos cinco años... y lo que falte, que no será mucho... Una casita de unas trescientas o trescientas cincuenta mil. Las hay hipotecadas que por mucho menos pueden comprarse...

SABINO.—¿Pero qué idea te ha dado ahora?

LUCILA.—¡Qué idea! ¡Qué idea! Así sois los hombres. No os importa que derrochemos, que tiremos el dinero en caprichos, en tonterías..., y una vez que piensa una razonablemente... ¡Ya vamos siendo viejos!... No, no te rías... ¿Te has mirado al espejo? Muchas canas, muchas canas...

SABINO.—¿Canas?

LUCILA.—Sí, sí...

SABINO.—Ya decía yo que tendré que cambiar de peluquero...

LUCILA.—¡Ah! Vamos, es que había...

SABINO.—No, una brillantina especial... No creas que me importe tener canas...

LUCILA.—¡Claro que no! Dan un aire muy distinguido de galán de película americana...; un aire financiero que te va muy bien en estos momentos para que puedas apreciar lo razonable de mis pretensiones... Muy razonables, ¿verdad?; ¿verdad que sí?..., ¿verdad que sí?

SABINO.—Está bien. Si yo también había pensado siempre en lo mismo: en asegurar tu porvenir. Pero un día por otro, por de-

sidia, por confianza en que siempre estará uno a tiempo... Sucede como con el testamento... Nunca se decide uno a hacerlo...

LUCILA.—¡Ay! ¡Lagarto, lagarto!... No hables de esas cosas. Por más que yo también tendré que pensar en ello... En cuanto sea propietaria... ¿Verdad que sí?

SABINO.—Sí, Lucila, sí. Compraremos la casa. Por supuesto que tú nunca habías pensado en esto, y si piensas ahora no es por ti, es por la chiquilla, por el papá de la chiquilla. ¡Ya ves si soy bueno!...

LUCILA.—No lo he dudado nunca... Pero tampoco tienes por qué estar celoso. Yo no te he puesto nunca en ridículo... como otras. Yo no soy de esas. De mí no puedes decir que te he engañado nunca... ¿Te callas? ¿Lo has creído alguna vez?

SABINO.—¡No! Hasta ahora, no.

LUCILA.—¿Hasta ahora? Pues ahora es cuando tienes menos motivo. Mira..., si me ofreces buscar una colocación para Pepe—sin prisa, ¿eh?, tienes todo el verano—, en ese caso cambio de idea. Me voy a Biarritz y el matrimonio con su hija se van a la casita que tengo alquilada. Pasan allí el veraneo y... yo voy a Biarritz, como siempre, y después adonde tú me lleves: a Deauville, a Vichy, a París, donde tú vayas...

SABINO.—¿De veras?

LUCILA.—Como lo oyes. Ya sabes que cuando se es bueno conmigo, a buena no hay quien me gane. Y que yo te quiero...

SABINO.—Me quieres... muy poco. ¡No me has querido nunca!

LUCILA.—¡Bah! Si no te quisiera...

SABINO.—No; tú no has querido más que a Pepe.

LUCILA.—Eso se acabó. No hay para qué hablar de ello. Ahora que... ha sido muy bueno conmigo; es un caballero. Está muy bien educado. No tengo de él ningún mal recuerdo. Y ha tomado mucho cariño a su hijita y a su mujer también. ¡Es tan natural, tan sencilla! La he visto aceptar mi amistad sin el menor recelo, sin la menor desconfianza. ¡Y estoy tan contenta de poder ayudarles! ¡Ayúdame tú también a ser buena con ellos!

SABINO.—Está bien. Buscaré esa colocación. Creo que no me será difícil... en la casa de Banca de mis tíos. Yo tengo en ella alguna participación todavía. Mi padre hizo mucho por ella. La libró de una quiebra. Me atenderán. Estoy seguro. Pero acaso el destino tenga que ser fuera de Madrid. Hasta de España: en Inglaterra o en la Argentina...

LUCILA.—Donde sea; ¿lo dices por si me importa la separación? Por la niña lo sentiré. Pero comprendo que tampoco cuando sea mayor podré tenerla mucho a mi lado. Y si mi cariño por esa criatura fuera por egoísmo, no tendría mérito alguno. Lo que

tú hagas estará bien hecho. Y te lo agradeceré siempre. Ahora, sin tonterías..., y perdona las veces que por mis nervios, por mis caprichos, te he dado disgustos... ¡Hemos hablado en serio tan pocas veces! Quizá hoy ha sido la primera vez... ¡Es que es muy fácil estar con una persona años y años y no llegar a conocerse!...

SABINO.—¡Es verdad!

LUCILA.—¡Hoy te parezco otra!

SABINO.—Tú siempre eres otra. Ese es tu mayor encanto. Lo que sí sé es que no sabría vivir sin ti...

LUCILA.—¡No he estado más alegre en mi vida!... ¡Qué gusto da encontrarse como una quisiera ser!...

## ESCENA XI

LUCILA, SABINO y JUANIN; ésta, sigilosamente, sin que la vea Sabino, hace señas a Lucila de que ha venido alguien.

JUANIN.—Con permiso...

LUCILA.—¿Qué hay, Juanín?

JUANIN.—Poca cosa. Que se nos habían olvidado los abrigos de piel y ya no caben en ningún baúl...

LUCILA.—¡Deja, si ya no será este el equipaje! Hay que hacerlo de nuevo. Ya no vamos adonde pensaba... Vamos a Biarritz.

JUANIN.—¿Que no vamos a....?

LUCILA.—No; no vamos.

JUANIN.—¿No tenía usted que ir a casa de la modista?

LUCILA.—Sí, pero no; es decir, no; ahora, no. Otro día. ¡Qué más da!

SABINO.—(*Levantándose.*) Si es por mí, ya te dejo. Tengo que hacer...

LUCILA.—No te digo nada... ¿A que tú también estás contento de ti?

SABINO.—¡Porque tú estás contenta!

LUCILA.—Ya ves que no es muy difícil contentarme...

SABINO.—Eso sí. Haciendo todo lo que tú quieras. ¿Hasta luego?

LUCILA.—¡Hasta luego! (*Sale Sabino, y Lucila le acompaña y vuelve en seguida. A Juanín.*) ¿Qué?...

JUANIN.—Creí que hoy le daba por no irse. ¡Que está ahí!...

LUCILA.—¿Quién?

JUANIN.—El señorito Pepe... Muy elegante; como en sus buenos tiempos. ¡Quien tuvo y retuvo!... ¡Es muy guapo el señorito Pepe!

LUCILA.—A éste sí que me va a costar trabajo convencerle...

JUANIN.—Este hará siempre lo que tú quieras... (*Sale Juanín.*)

## ESCENA XII

LUCILA y PEPE.

PEPE.—¿Estás sola?

LUCILA.—¡Ya lo ves!

PEPE.—¡Digo en casa!...

LUCILA.—También... ¿Tanto te importa que esté sola?...

PEPE.—Como ya no puedo verte más que cuando están contigo Carmen y la niña... He venido muchas veces..., ya te habrán dicho...

LUCILA.—No estaba en casa...

PEPE.—Algunas veces, sí. ¿Me tienes miedo?

LUCILA.—A ti, no.

PEPE.—¿A ti entonces?...

LUCILA.—Tampoco... ¡Ya lo ves! Ya estamos solos... ¡Ya podemos hablar de todo lo que tú quieras!...

PEPE—La última vez que nos vimos a solas..., ¿te acuerdas?...

LUCILA.—Sí, sí. ¡Para qué recordarlo! ¡No te engañé! Dije que te quería, que te quería siempre. Que harías de mí todo lo que quisieras..., todo lo bueno y todo lo malo... Tú verás; eres tú, creo, el que ha de decidir...

PEPE.—Me lo dices de un modo...

LUCILA.—¡Cómo he de decírtelo!... Déjame hablar primero... He cambiado todo mi plan de veraneo... Yo me voy a Biarritz con Sabino, como el año pasado...

PEPE.—¿Entonces?

LUCILA.—Carmen y la niña van a la casita que tengo tomada. Irán contigo... Sí; calla. Los tres. Pasaréis allí el verano...

PEPE.—Yo no puedo salir de Madrid. No puedo dejar de trabajar...

LUCILA.—Para septiembre tendrás una colocación mejor.

PEPE.—Que tú has buscado... ¿Y crees que yo puedo aceptar?...

LUCILA.—Deja el orgullo... ¡Lo aceptarás todo! Todo lo que yo quiera... ¿Piensas seguir toda la vida en ese oficio impropio de ti, de tu educación, de tus costumbres?... Es que eres muy orgulloso... Por no deber nada a nadie... prefieres ser jornalero a señorito pobre...

PEPE.—¡Estamos en una República de trabajadores!...

LUCILA.—¡Me parece muy bien! Pero cada uno debe trabajar en lo que le corresponde, y tú sirves para algo más... ¡Déjame a mí!... ¡En todo el verano no tienes que pensar en nada!...

Después tú llevas las cuentas si quieres; me pagas como puedas y cuando puedas. Sin contar lo que gasten Carmen y la niña, que eso es cuenta mía y lo será siempre...

PEPE.—No, no; basta ya. Yo no puedo vivir así. No puedo consentirlo. Por mi hija, todavía; pero Carmen y yo... no podemos vivir a tu costa...

LUCILA.—Por eso procuro que tengas una situación decorosa, independiente, para que no tengas que depender de nadie, ni de mí siquiera...

PEPE.—¡Una situación que deberé a tus amigos!...

LUCILA.—En plural, no, ¿eh? Ten cuidado. A un amigo que es muy generoso y muy bueno... y ni siquiera se atreve a estar celoso, porque está muy seguro de mí. Mas... parece que eres tú el que no está tan seguro de corresponder a esa confianza... Ven aquí... Hablemos con el corazón... ¿Qué quieres de mí?...

PEPE.—¡Te quiero! ¡Ya lo sabes! ¡Te quiero! Yo no he olvidado nada... ¡No he podido olvidar como tú!...

LUCILA.—¡Como yo!... ¡Yo sí que no puedo olvidar!... ¡Nuestra vida! ¡Los días más alegres, más felices de mi vida!... ¡En aquel ambiente bohemio!... Los únicos que teníamos... dinero éramos nosotros... ¡Así duró tan poco!... ¡Vivíamos sin pensar, al día!... ¿Qué hacemos hoy?, era nuestra pregunta... Nunca nos preguntamos, ¿qué será de nosotros mañana? ¡Entre vosotros aprendí todo lo que sé, todo lo que me ha permitido no parecer un animalito de lujo!... Yo apenas si sabía leer; y allí, sólo de oíros..., entre artistas, poetas, pintores... Los versos de Marcelo, tan dulces y tan tristes; los cuadros de José Luis y de Renato..., que lo mismo daba colgarlos del revés que del derecho; y Paco Martín empeñado en convencernos de que estaban muy bien... ¡Lo que nos peleábamos, lo que nos reíamos!... ¡Eramos muy dichosos!... Y nos separamos por nada; porque se acabó el dinero... Tú no quisiste llevarme contigo al azar de una vida de aventura... Entonces fuiste cobarde... Yo también, porque tú lo eras... El caso es que nos separamos... Y ahora que no somos los dos solos; ahora, con tu mujer, con tu hija...; ¿ahora vamos a ser más atrevidos que cobardes fuimos entonces?... Porque a escondidas, con engaños, mintiendo a todas horas, no...; eso, no. Si quieres que sea ha de ser para irnos los dos solos muy lejos...; para no ver a nadie..., para no saber de nadie... Y si tú crees que al mirarnos alguna vez con tristeza, aunque sea otro el motivo de nuestra tristeza, no vamos a pensar como dos cómplices en un crimen; que los dos pensamos en lo mismo: en todo lo que dejamos destrozado; en nuestro crimen... ¿Tú crees que podremos olvidarlo tan fácilmente?... Y un día vendrá el cansancio, la desilusión. Tú eres hombre. Volverás

adonde debes volver: con tu mujer, con tu hija, que lo perdonarán todo... Todo... —¡Si no hubiera sido por aquella mala mujer! dirán ellas—. Y tú dirás también como ellas: ¡Por aquella mala mujer!... Y esta mala mujer será el guiñapo despreciable, la que tuvo la culpa de todo... ¡Ahora, decide tú!... Pero ya lo sabes: con la verdad, cara a cara; mentiras, no. La traición de una vez y para siempre. Yo veo la verdad y lo arriesgo todo. Tú eres el que ha de decidir.

PEPE.—Tienes razón, tienes razón...

LUCILA.—¡No sería muy triste, cuando estáis tan contentos de mí!... Es que los hombres... ¡cómo sois! Si las mujeres necesitáramos de vosotros para hacer algo bueno en nuestra vida..., ¡qué pocas mujeres podrían ser buenas! Para lo malo, en cambio, siempre estáis dispuestos a ayudarnos.

PEPE.—Tienes razón, tienes razón... No, Luci, no. Sé todo lo buena que quieras...

LUCILA.—¿Verdad que sí?... ¿Te acuerdas de la noche que nos separamos? ¡Aquella música... no la he olvidado!... Ahora me parece oírla. (*Se oye la música del prólogo muy lejana, que poco a poco se va perdiendo hasta destacarse sólo la melodía muy dulcemente.*) ¡El jazz-band! A mí me parecía horrible. Y tú me dijiste..., ¿te acuerdas?: "Hay que atender a la melodía, prescindir de los ruidos, de las discordancias; como en nuestra vida, como en nuestro corazón..." ¡La mélodía! ¡La melodía! (*Quedan en silencio.*) ¡Ah! Carmen quedó en volver esta tarde con la niña. No tardará. Espéralas. Hablaremos de todo. Y de acuerdo en todo, ¿verdad? Irás con ellas; aceptarás la colocación. Acaso tendréis que salir de Madrid. Estaremos lejos unos de otros... Es mejor... ¡Lejos! La niña vendrá conmigo a pasar temporadas, y todos muy contentos... ¡Y yo más que nadie..., más que nadie! ¿En qué piensas ahora?

PEPE.—¡Mi Luci! ¡Eres buena!

LUCILA.—Porque tú lo has querido... ¡Ya lo sabes! Porque tú lo has querido... ¿Y no es mejor así?

FIN DE LA COMEDIA



# TEATRO FONTALBA

*TEMPORADA OFICIAL 1931-1932*

# carmen diaz

en

la comedia en un prólogo y tres actos, original de

**D. JACINTO BENAVENTE**

# LA MELODÍA DEL JAZZ-BAND

*¡CLAMOROSO ÉXITO!*

MARGARITA LARREA
RAFAELA SATORRES
ROSARIO TOSCANO

Monserrat BLANCH
María MONTILLA
Isabel Pª URCOLA
Matilde Mª SAMPEDRO

Miguel POZANCO
Luis Gª ORTEGA
Luis CAMARERO

VICENTE SOLER
RAFAEL BARDEM
RICARDO SIMÓ RASO